



BOISILIBROS
EASA

TERROR

SOMBRAS CHINESCAS

Morgan Franks

45 Págs



TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

©

Derechos reservados por: **MORGAN FRANKS**

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-03323-1

Depósito legal: M. 42.842-1981

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

SOMBRAS CHINESCAS

Morgan Franks

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

DESDE las cristaleras del salón, podía verse la superficie de aquel lago de extraña forma, como un gallo con tres patas. Un lago de bruñida superficie, con una extraña luna encima; una luna grande, brillante, de visión tan nítida, que uno podía forjarse la ilusión de ver a algún astronauta sobre su superficie.

Se trataba de Lake Keesus, situado a medio centenar de millas al norte de Waukesha, en Waukesha County, en el Estado de Wisconsin. Un lugar muy frío y áspero en invierno, y agradable en verano, con temperaturas suaves.

El hombre, con la pipa entre los dientes, miraba a través de los cristales, hacía ya rato que chupaba de la pipa sin obtener el apetecido humo del tabaco, ya consumido en la cazoleta.

Pareció reparar en ello, y dio por finalizada su velada. Entonces, giró para enfrentarse a las dos mujeres que estaban cerca del hogar, innecesario durante el verano: ambas estaban leyendo, y la más joven, *miss* Nora, tendida en el suelo, de bruces, jugueteaba con las piernas, al descubierto a causa de los *shorts* que llevaba, y estaba fumando un cigarrillo, pasando hojas de una revista sin prestar atención a nada.

El señor Bannack carraspeó, llamando la atención de las dos mujeres.

—Me retiro a mi habitación —dijo el señor Bannack.

La mayor de las mujeres, la señora Hendricks, consiguió una sonrisa, y dijo:

—Hasta mañana, señor Bannack. Buen reposo.

Joel Bannack volvió a carraspear; quería decir algo más sin duda. Lo soltó, tras una corta vacilación.

—Creo... creo que ya les he explicado algo sobre mí... Quiero decir con esto que... sería preferible que cerrasen por dentro la puerta de sus habitaciones.

La señora Hendricks pestañeó; asintió con movimientos de cabeza.

—Así lo haremos, señor Bannack —musitó.

—Yo mismo me sentiré más tranquilo, ¿comprenden?

—Por supuesto. Agradecemos la advertencia.

—Entonces, buenas noches —dijo Bannack.

Iba hacia las escaleras que conducían al piso. Joel Bannack era un hombre de cuarenta y tantos años, con el pelo gris: fuerte, con un rostro sin personalidad, pero sus ojos marrones parecían mirar siempre hacia un lugar inaccesible para las demás personas.

Su caminar era lento. Subía con la pipa apagada entre los dientes, seguido por la mirada de Nora y la señora Hendricks. Ambas permanecieron en silencio, hasta que oyeron cerrarse la puerta de la habitación destinada al señor Bannack.

Luego, Nora y la señora Hendricks se miraron.

—Bonita situación —dijo, con fastidio, Nora, cerrando la revista.

La señora Hendricks rio con brevedad.

—A mí me divierte —afirmó.

—¡Te divierte! Pero de qué voy a extrañarme; a ti te divierte lo insólito, lo absurdo, hasta lo peligroso, mamá. El señor Bannack es un riesgo permanente junto a nosotras.

—No exageres, querida. Solo por las noches, y nada ocurre si, como él mismo nos indica, cerramos nuestras habitaciones por dentro. No hay que desorbitar las cosas.

Nora, un tanto nerviosa, encendió otro cigarrillo. Dijo:

—Yo me hubiese ido de aquí al ver al señor Bannack.

—¿Y perder quince mil dólares?

—Tenemos más dinero, mamá.

—Eso es cierto. Pero no abundan los lugares como este. Ni que decir tiene que el tal Durham tiene el mismo derecho que nosotras a esta casa, o mansión, o pocilga, llámala como quieras. El señor Bannack, como nosotras mismas, con la misma fecha, posee escrituras de propiedad de la casa. El señor Durham nos resultó un listísimo estafador. Nos vendió la casa a ambos, a nosotras, y al señor Bannack...

—Yo no discuto los derechos del señor Bannack sobre la casa, mamá —dijo Nora—. Como nosotras, ha invertido su dinero. Quiere paz, sosiego, soledad, y... habría querido evitar, sin duda, nuestra compañía. El acuerdo de compartir la casa, y atenernos a la realidad de que somos copropietarios me parece absurdo.

—Es posible. Pero no vamos a reclamar. Y la convivencia con el señor Bannack no será molesta, no temas. Como has visto, es un hombre más bien apocado, y muy correcto con nosotras. Así están bien las cosas. Estamos donde necesitábamos estar, Nora, y, de momento, no pienso moverme de aquí.

Nora reflexionó unos instantes.

Nora tenía veintiséis años, y era una chica llamativa; con aquel cabello muy negro, como los ojos, y su tez tan pálida, fina, delicada. Una figura comprimida por un liviano jersey y los *shorts*, mostraba la pujanza de sus encantos.

—He llegado a pensar que el señor Bannack es muy listo —dijo, de pronto, Nora.

—¿Qué quieres decir? —inquirió la señora Hendricks.

—Pues... Verás; afirma que es sonámbulo. Un sonámbulo peligroso. En sus ataques de sonambulismo, y aunque inconscientemente, puede hacer daño. Es más; nos ha confesado que lo ha hecho en más de una ocasión, y que ese es su motivo para desear la soledad: le aterra la idea de que en un nuevo ataque pueda incluso llegar a matar a alguien... que sería su segunda víctima. ¿No es eso lo que ha dicho?

—Sí.

—¿Y si fuese mentira, mamá?

La señora Hendricks pareció sorprendida.

—¿Por qué había de mentirnos? —inquirió, a su vez.

—Por una razón muy sencilla; con esa historia del sonambulismo quizá solo pretende asustarnos, y hacernos abandonar la casa, para quedarse solo en ella, como único propietario.

Una fina ceja de Ethel Hendricks se arqueó, en señal de perplejidad.

—¿Asustarnos? ¿A nosotras? —inquirió.

Nora hizo un gesto de duda.

—No quiero molestarte, mamá, pero yo no estoy muy tranquila aquí —dijo.

—¿Quieres que durmamos juntas?

—No... Déjalo. Está bien así. Solo que insisto: quizás el señor Bannack solo se proponga asustarnos, y...

—Eso no va a conseguirlo, querida —dijo, con suavidad, la señora Hendricks—. Ni el señor Bannack, ni nadie. ¿Verdad? Veo que estás un poco nerviosa; será mejor que te vayas a la cama. Debes hacerte a la idea de que debemos permanecer aquí el tiempo necesario.

—¿Cuánto tiempo? —inquirió Nora.

—Ni un día menos de lo imprescindible.

—Buena respuesta, mamá... En fin... supongo que hay cosas peores que estar aislados del mundo, frente a un lago, en una casa cuya fachada se deshace en polvo, y que por dentro, en invierno, ha de ser un frigorífico. Y todo ello, en compañía de un peligroso sonámbulo que si cometemos un descuido puede decapitarnos. ¡Y eso te divierte!

La señora Hendricks sonrió.

—Más bien sí —dijo—. Y si tuvieras razón, si fuese cierto que el señor Bannack es un falso sonámbulo y solo quiere asustarnos, es aún más divertido... De todos modos, puesto que estamos aquí, y por tiempo

indefinido, creo que debemos ambientar la casa a nuestra manera, y forjarnos un plan de vida, para no morir de aburrimiento, ni vernos torturadas de continuo por absurdas ideas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo—. Iré a dormir, mamá.

—Procura no pasar la noche en vela pendiente del señor Bannack.

—No temas. ¿Por qué no subes conmigo? Lo que estás haciendo aquí puedes hacerlo también en tu habitación. Y así yo estaré tranquila, sabiendo que no vas a caer en manos del sonámbulo.

—No es mala idea... Si eso te tranquiliza, subiré también a mi cuarto. Vamos.

La señora Hendricks se puso en pie, mientras Nora se erguía.

Ethel Hendricks, a sus cuarenta y tantos años, tenía aún una silueta femenina bien definida; era alta, esbelta; como Nora, tenía el cabello y los ojos negros, pero a Ethel le faltaba el brillo lógico de los veintitantos años, lo mismo en los ojos que en su mata de cabello. Nora era, por otra parte, rotunda de formas; no obstante, la esbeltez de sus piernas disimulaba un tanto aquella rotundidad y firmeza de muslos. Nada, por otra parte, podía disimular la silueta de su busto.

Juntas, subieron al piso; pasaron, silenciosas, por delante de la puerta de la habitación del señor Bannack; había luz por debajo, y pensaron que el señor Bannack estaba despierto; quizás leía. De momento, pues, no existía el riesgo de un ataque de sonambulismo. Por tanto, cada una de ellas con relativa tranquilidad, se encerró por dentro en su habitación.

* * *

Nora deambulada por el salón, en el que penetraban los rayos del sol. Acababa de bañarse en el lago, situado a menos de cien yardas de distancia, y aún estaba en bikini, y la cabeza envuelta en una vistosa toalla, que recogía su húmeda mata de cabello.

Frente a la ventana, mirando hacia el camino, la señora Hendricks distinguió la nube de polvo, y veía asomar el morro del viejísimo «Austin» propiedad del señor Bannack. Se volvió hacia su hija, y murmuró:

—Es mejor que vayas a vestirte, Nora.

—¿Por qué? No veo...

—Llega el señor Bannack.

—¿Y qué tiene?

—Nora, eres una mujer... explosiva. Vamos, hija, ya deberías saberlo. El señor Bannack, sonámbulo o no, aún está en edad de calibrar muy bien los encantos de una mujer joven. No quiero que se fije en ti en ese sentido. No compliquemos las cosas.

Nora no parecía estar muy de acuerdo con su madre, pero encogió los hombros.

—Como quieras —dijo—. Pero sé defenderme, ya lo sabes. Y...

—Sí, sí... Pero las complicaciones no hay que ir a buscarlas; por lo general aparecen por sí mismas. Se trata, pues, de evitarlas. Y tú podrías ser una complicación. Ve a vestirse. Y... procura resultar menos llamativa en adelante. No digo que adquieras aspecto de bruja porque eso no es posible, pero... Ya me entiendes, ¿no?

—Trataré de ahorrar complicaciones, mamá.

—Magnífico. Date prisa. Espera.

—¿Qué sucede? —inquirió Nora.

—El señor Bannack no llega solo.

—Vaya...

—Regresa de Merton con un hombre...

Nora se acercó a la ventana, por un lado, para echar un vistazo, con prudencia: procurando no ser vista desde el exterior. Las dos mujeres, de pronto, habían quedado silenciosas. En efecto, estaban viendo al desconocido que descendía del auto de Bannack. Luego, cambiaron una mirada; intensa, larga. El rostro de ambas parecía contraído en aquellos momentos; el silencio entre ellas era el producto de una indudable tensión.

—Además de sonámbulo, imbécil —masculló la señora Hendricks, de pronto.

—No hay que alarmarse aún, mamá. Ese hombre...

—¿Qué crees que lleva encima?

—No sé... Parece una cámara tomavistas, o fotográfica... Algo así.

—Magnífico, Nora. Corre a vestirse, y, mientras, reflexiona sobre lo que eso puede significar para nosotras.

Los dos hombres estaban descargando el «Austin», y Nora, tras observarles por espacio de un minuto, decidió ir a su cuarto, y vestirse. Reflexionaba sobre la situación, tal como le había recomendado su madre, y estaba llegando a conclusiones muy poco satisfactorias. De todos modos, no había motivo suficiente para alarmarse, todavía. El desconocido recién llegado no estaría mucho tiempo en la casa.

Nora se quitó el bikini húmedo, y se puso las prendas interiores correspondientes y encima un minivestido a rombos de colores; su cabellera, muy húmeda, pendía lisa, recién peinada, sobre los hombros, y un tanto pegada al cráneo.

Ya lista, abandonó el cuarto, y llegando al descansillo de las escaleras oyó voces, por lo que dedujo que el desconocido y el señor Bannack estaban ya en el salón. Bajó, sin prisas, observando sin expresión alguna a aquel hombre que, ante la señora Hendricks, estaba dando lo que al parecer eran asombrosas explicaciones.

Solo se cortó el tiempo justo para ser presentado a Nora.

—Es el señor Trevor, Nora —dijo la señora Hendricks—. Procede de Illinois, concretamente de Rockford, y... Pero es mejor que él mismo siga

explicando una divertida historia.

La sonrisa de la señora Hendricks era leve, un tanto prieta; en cuanto a Nora había palidecido ligeramente, si bien ello apenas se notó a causa de su cutis ya muy blanco de ordinario.

El señor Trevor meneó la cabeza. A lo que estaba diciendo antes agregó:

—Ya sé que parece inverosímil, señora Hendricks, pero es necesario comprobarlo... Les aseguro que no pienso causarles molestias. Me basta con una barca, mi equipo fotográfico, y cobijo en determinados momentos; solo cuando necesite descanso.

Con desconcierto, Nora miró a su madre.

—¿De qué se trata, mamá? —inquirió.

—El señor Trevor trabaja para una revista de Rockford; un semanario bastante importante, al parecer. Tanto como para permitirse el lujo de destacar un colaborador al Keesus Lacke, en busca de... de un monstruo...

—¿Un... monstruo...? —inquirió, con los ojos muy abiertos, Nora.

El señor Trevor no perdió la paciencia.

—Está por confirmar, ya lo he dicho antes. Sin embargo, las noticias que tenemos al respecto parecen dignas de crédito. Señora, comprendan: ningún profesional, ningún editor, se perdería este sensacional reportaje... Es... una obligación tratar de averiguar qué hay detrás de esta historia, que alguien, no sabemos quién ni cómo, ha hecho correr por Illinois. Así ocurren estas cosas, ya lo saben. Mi misión consiste en espiar el lago, noche y día, con mi cámara a punto.

Nora cerró los ojos un instante.

Un periodista del Estado de Illinois allí. Además, con la absurda pretensión de hacerles creer en la historia de la existencia de un monstruo en aquel lago... Y encerradas con un estúpido sonámbulo, y en un ambiente que empezaba a asfixiar.

Nora abrió los ojos, e inquirió:

—¿Y piensa perder mucho tiempo con eso, señor Trevor?

—Puedo permanecer aquí como máximo una semana. Mi editor cree que es tiempo suficiente para lograr algo, o llegar a la conclusión de que se trata de un simple bulo, como los hay a cientos. El señor Bannack me ha dicho que ustedes, ni él, tienen idea de que existe ese monstruo, pero ha agregado que llevan aquí apenas tres días. Dudo, por otra parte, de que ustedes se hayan molestado en estar observando horas y horas el lago.

—No lo hemos hecho, en efecto —dijo Nora—. Pero, señor Trevor, ¿no le parece un poco absurdo? Ustedes, a mi entender, deberían haber tratado de averiguar, en primer lugar, si las fuentes de que procede esa historia son dignas de crédito.

—Esas fuentes se desvanecen —arguyó el reportero—. No hay modo de seguir la pista a quienes han difundido la noticia. Se lanza la especie, corre

de boca en boca, y se da por cierta...

—Hasta que alguien demuestra lo contrario —intervino la señora Hendricks.

—O se adquiere la certeza —dijo con suavidad el señor Trevor.

—Ya... Bien...

—Pero ustedes no deben asustarse, señoras. No creo que el monstruo, de existir, abandone el lago para... cobrar víctimas, por ejemplo. Eso solo ocurre en las obras fantásticas. Si existe ese monstruo, puede tratarse de un animal atemorizado. Es lo más probable, a mi entender. Si atacase, ustedes, muy probablemente, lo habrían visto ya.

A su pesar, Nora se estremeció. Lo que faltaba... el monstruo.

Miró a su madre, por si esta tomaba alguna decisión importante, y, sobre todo, acertada, como la de irse de allí de inmediato, pero la señora Hendricks se mostró tranquila, serena, y hasta un poco irónica. En apariencia, nada de ello le importaba. Nora se sintió furiosa pensando que su madre debía sentirse aún más... divertida. Sí, divertida.

Todo parecía indicar que la decisión dependía de la señora Hendricks la cual, por fin, dijo:

—Quedan habitaciones libres, señor Trevor. Disponga de la que le parezca.

—Muy agradecido, señora. Y a usted, señor Bannack. Insisto en que les causaré poquísimas molestias. Si me permiten, ahora iré a instalarme y después del almuerzo me dirigiré hacia el lago. No quiero perder tiempo. Mi semana de permanencia aquí se inicia en este momento.

—Yo le ayudaré a subir sus cosas, señor Trevor —dijo Bannack.

—No debe molestarse...

—No es molestia, de veras.

Las dos mujeres quedaron a solas en el salón. Nora empezó a estrujarse las manos, y la señora Hendricks, con voz un poco ronca, con los ojos achicados, dijo, con tono muy seco:

—Tranquilízate. No ocurrirá nada.

—Pero lo que dice ese Trevor es mentira.

—Tal vez...

—¡Sabes tan bien como yo que no es cierto! —se excitó Nora—. Y... por supuesto, no ignoras el verdadero motivo de su presencia aquí.

—No te precipites, Nora.

Los ojos de Nora refulgieron; su cuerpo estaba tenso, rígido, en aquellos momentos.

—No es precipitación —masculló—. Es la verdad a tiempo. ¿No lo entiendes? Nos viene con esa... ridícula historia de un monstruo en el lago... No, no, mamá...

Con voz extraña, como algo alejada de allí, la señora Hendricks musitó:

—Quizás no sea una historia tan absurda y falsa como parece, Nora...

—Mamá... ¿te has vuelto loca? La...

—Yo sé lo que digo, Nora.

—Pero...

—No sigamos discutiendo, y menos con este tono de voz. Déjame pensar. Por lo pronto... seamos un poco amables con ese hombre. Le podemos preparar algo para comer, y que se largue con su barca y...

—¿Qué barca? Es mentira. No tenemos ninguna...

—Ha venido remolcada con el auto, Nora —dijo, apaciguadora, la señora Hendricks—. Es una lanchita con un buen motor, por lo que decía. Y para seguir discutiendo aquí, hagámoslo en la cocina. Vamos a esperar un poco, solo un poco, antes de tomar decisiones. ¿De acuerdo? Procura mostrarte más tranquila, Nora. Palideciste al oír nombrar Rockford y el Estado de Illinois. Domínate, y déjame llevar la situación.

Nora se mordió el labio inferior.

Tras unos instantes de inmovilidad, asintió con movimientos de cabeza, y murmuró:

—Tienes razón, debo dominarme. Pero... yo esperaba aquí otra cosa. Cuando menos, soledad... Solo faltaba ese monstruo de fantasía...

—Quizá sea real; nunca se sabe —dijo la señora Hendricks.

Y echó a andar hacia la cocina.

CAPÍTULO 2

COMO la noche anterior, el señor Bannack se había despedido de la señora Hendricks y de Nora. Un hombre que parecía realizar siempre los mismos movimientos, hacer las mismas cosas; allá iba, con su pipa apagada, subiendo a su cuarto.

Una vez hubo desaparecido, la señora Hendricks miró a Nora, y dijo, con voz baja:

—¿Lo ves? Tus temores son infundados. Ese Trevor se largó después del almuerzo al lago, y aún no ha regresado. Ni lo hará, tal vez. En cuanto a Bannack, su actitud es la de siempre.

—Si me he equivocado, me alegro —dijo Nora.

—Es más —prosiguió la señora Hendricks—, estoy segura de que Trevor no aguantará aquí una semana. Por tanto, falsa alarma. A vivir con tranquilidad y...

Se interrumpió; estaban llamando a la puerta de la casa.

Un tanto alarmadas, ambas miraron hacia la puerta. La señora Hendricks fue la primera en reaccionar; con caminar un tanto nervioso, se dirigió hacia la puerta, abriendo sin previas averiguaciones.

Allí estaba el señor Trevor, con una sonrisa de circunstancias, como tratando de disculparse por algo.

—¿Ha cesado la búsqueda de hoy, señor Trevor? —inquirió la señora Hendricks.

—No, no... No es eso. Por el contrario, me dispongo a pasar la noche en el lago. He descubierto el lugar desde el que podré dominar la mayor parte de la superficie, y pienso apostarme allí; hay hierbas altas en la orilla, y pienso que es casi imposible que el monstruo, de aparecer, se dé cuenta de que es observado... Pero me aparto de la cuestión. He venido solo porque necesitaré un poco de café; la espera no va a ser divertida, y la humedad del lago se nota a partir de media noche. Con su permiso, iré a la cocina a prepararme...

—No debe molestarle, señor Trevor —cortó Ethel Hendricks—. Con mucho gusto le prepararé ese café.

—Por favor, no es necesario que...

—No se preocupe. Le llenaré el termo; pienso que lo va a necesitar —sonrió *mistress* Hendricks.

Trevor sonrió con amabilidad, y dijo:

—Se lo agradezco mucho, señora Hendricks. La misión es ingrata, ciertamente. Si hubiese éxito, sin embargo... Hay que intentarlo.

—Síntese; fume un cigarrillo mientras le preparo el café.

—Gracias, señora Hendricks.

Trevor era un hombre joven, pelirrojo, quizás un poco grueso, y detrás de sus gafas unos ojos color vino parecían captar muchas cosas al mismo tiempo. Por ejemplo, al sentarse y encender un cigarrillo, pudo percibir la frialdad de Nora con respecto a él; por supuesto, percibió también la belleza de aquella chica tirada en el suelo, lo que parecía ser costumbre en ella: y el minivestido de los rombos, en aquella postura, se mostraba más indiscreto.

De pronto, Trevor dijo:

—Es curioso, *miss* Hendricks, pero tengo la impresión de que a usted y a su madre las conozco de algo. Creo que las he visto antes, pero no consigo localizar dónde y cuándo...

Nora le dirigió una expresiva mirada, con un brillo, allá en el fondo, que bien podía ser de alarma.

—Yo a usted no le he visto jamás, señor Trevor —dijo.

Él sonrió.

—Ocurre a veces: encontramos personas desconocidas a las que hemos creído ver alguna vez. A usted puede haberle ocurrido incluso.

—Pues sí... Alguna vez —dijo, sin ganas de hablar, Nora.

—Sin embargo, no desisto de localizarlas. ¿Han estado alguna vez en el Estado de Illinois?

—No —mintió fingiendo calma, Nora—. Jamás señor Trevor.

—¿De dónde proceden?

—De Arkansas.

—Ya... No quisiera parecer indiscreto, pero...

—Lo disimula bien, entonces, señor Trevor —cortó, bastante seca, Nora.

Trevor pestañeó. Musitó:

—Perdone.

Y no volvió a despegar los labios. Fumaba y pensaba, mientras que Nora seguía pasando hojas de la revista, evidentemente aburrida, hastiada. Ni siquiera miró a *mistress* Hendricks cuando esta apareció en el salón, procedente de la cocina, con un termo envuelto en papel de periódico en las manos. Se acercó a Trevor, sonriéndole.

—Su café, señor Trevor.

El hombre se puso en pie; apenas dirigió una mirada de soslayo a la desagradable, poco accesible y muy hermosa Nora. Tomó el termo, y murmuró:

—Ha sido muy amable, señora Hendricks. Regreso ahora mismo a la barca. Buenas noches.

—Oh, señor Trevor, una recomendación... —se apresuró a decir la señora Hendricks—. Si se aburre, o se cansa, o le entra sueño, y decide utilizar su habitación, no olvide encerrarse por dentro. Ignoro si el señor Bannack le habrá contado lo de sus ataques de sonambulismo...

El señor Trevor se echó a reír.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó—. Tomaré esa precaución, aunque nadie, viendo al señor Bannack, le considere capaz de... su transformación nocturna, por decirlo así. Me suena a historia del hombre lobo...

—Pero no es más desdeñable esa historia que la del monstruo del lago. Por el contrario, yo diría que más real —comentó Ethel Hendricks.

—Es posible, pero no me preocupa. De todos modos, le agradezco que me haya recordado esa peculiaridad del señor Bannack. Buenas noches.

Se marchó entonces.

Hacía un minuto que había salido cuando estalló Nora, quedando de rodillas en el suelo, agitada, furiosa, mirando a los ojos a su madre.

—¡Me ha estado haciendo preguntas! —masculló—. ¡Nos recuerda de Illinois, mamá! Y me ha dado la impresión de que es un hombre que no ceja. Por el momento, no recuerda de nosotras nada que nos perjudique, pero lo conseguirá, estoy segura. Y entonces...

—Por favor, cálmate, Nora —cortó Ethel Hendricks, con grave expresión—. Desde la cocina oí algo; prestaba atención. Debo decirte que estuviste francamente mal, desacertada en tu papel. Has debido ser un poco más cortés, y reírte de ese nebuloso recuerdo...

—Tal vez. Pero me preocupa ese hombre, mamá. Imagina por un instante que acaba por reconocernos. ¿Qué pasaría?

—Es difícil —dijo impávida, la señora Hendricks.

—No lo creas... Me da la impresión de que incluso sabe más de lo que dice; nos está tanteando; quizás tiene dudas, y...

—Se quedará con ellas, Nora. ¿Te parece que es hora de meterse en la cama?

—Casi no... No me gusta lo que está ocurriendo. Primero: somos víctimas de ese Durham, ese estafador, que nos vende una casa propiedad del señor Bannack...

—Quizás nos la vendió antes a nosotras —sonrió Ethel.

—No te burles; eso poco importa. Segundo: llega un periodista de Illinois, que nos reconoce, o puede hacerlo en cualquier momento. Luego, esa estupidez del monstruo del lago...

—Olvida todo eso, y a dormir.

* * *

Era desesperadamente aburrida aquella espera, aquella vigilancia, en la superficie del lago. El señor Trevor, además, empezaba a sentir el rigor de la fría humedad del lago, que se acentuaba por las noches. Y estaba entre hierbas, con la barca varada en la orilla, con un equipo fotográfico de magnífica calidad, de gran alcance. Si el monstruo aparecía, el éxito estaba asegurado.

Y mientras espiaba la superficie del lago, Trevor iba pensando en cosas diversas. No obstante, parecía que de un modo especial le atraía el recuerdo de las Hendricks. Estaba seguro de que en cualquier momento recordaría dónde, cómo y cuándo las había visto antes.

Bebió más café.

Estaba caliente, sentaba bien.

Lo peor era que el calorcillo interior que le proporcionaba el café le hacía añorar una buena cama... Y la tenía cerca; muy cerca. No obstante, había que tener voluntad, y conformarse con aquellos tragos de café caliente.

Y en la superficie del lago nada ocurría.

Nada.

Trevor, aburrido, somnoliento, con una somnolencia desacostumbrada, estaba a punto de tomar la decisión de regresar a la casa, y meterse en su cuarto. Lo cierto era que ya tenía la cabeza espesa, muy espesa, y bostezaba con excesiva frecuencia. Estúpido monstruo... ¿Por qué no aparecía de una vez.

¿Y si echara una cabezadita en la barca? Bien acurrucado... Lo necesitaba. La entrada de la madrugada produce frío, sueño, malestar... Acabó por ceder a la tentación de encender un cigarrillo y lo fumó despacio, durmiéndose. Cuando arrojó la colilla al agua, la barbilla le cayó sobre el pecho; tenía demasiado sueño...

Apenas tenía noción de lo que le rodeaba. Ni siquiera notaba el sutil movimiento a su espalda: junto a la barca, un movimiento lento, pausado, difícil de percibir en aquel estado: las altas hierbas oscilaban un poco.

Dio una cabezada, y quiso despejarse, pero sus párpados apenas se abrían.

Fue entonces cuando notó aquel agudo dolor en la región del cuello. Fue algo vivo, ardiente como una brasa: algo que le hizo respingar, abrir mucho los ojos; unos ojos llenos de angustia de espanto. Unos ojos que giraron, pero torpes, puesto que había perdido las gafas, al recibir la segunda caricia de una muerte fría, extraña, llegada por sorpresa...

Trevor estaba como aterrado, que ni se daba cuenta de que moría. La

sangre manaba a chorritos por aquellos orificios abiertos por una garra oscura, repelente, aterradora, que había aparecido de pronto ante él para que unas uñas le rasgaran el rostro, se lo despedazaran... Fue lo último que vio; aquella garra feroz, asesina...

Y murió antes de pánico que a consecuencia de las heridas; quedó tendido en la barca, de cara al cielo, destrozado el rostro, con los ojos en blanco, con el cuello lleno de arañazos profundos, seccionadas las venas, de modo que se estaba formando un charquito en el fondo de la barca: un charquito rojo y caliente.

* * *

De súbito, a altas horas de la madrugada, se había creado una rara atmósfera en la casa del lago.

Allí, en el pasillo del piso, alguien había encendido la luz, y casi al unísono habían aparecido las Hendricks, cada una procedente de su habitación, y también el señor Bannack. Este, en pijama y batín, y ellas con sus batas, ciñéndolas aún desgrednadas, en especial la señora Hendricks; a Nora se le notaba mucho menos que acababan de perturbar su sueño.

Y las dos mujeres, al encontrarse de pronto frente a Bannack, que tenía los ojos enrojecidos, se apretujaron; fue un momento extraño, un movimiento instintivo que el señor Bannack comprendió muy bien, ya que era muy susceptible, dada su peculiaridad de noctámbulo.

—No... no soy yo... No teman... Es abajo; alguien está aporreando la puerta. Yo dormía... —estaba diciendo Bannack.

Las dos mujeres parecieron tranquilizarse un tanto. Y, en efecto, desde arriba se oían los fuertes golpes que alguien estaba asestando a la puerta de la casa.

—Puede ser el señor Trevor —sugirió Bannack—. Yo bajaré a abrir. Por favor, no teman, estoy perfectamente. Vuelvan a sus habitaciones si lo desean; yo abriré al señor Trevor.

Nora soltó un profundo suspiro.

La señora Hendricks sonrió.

—Lo siento, señor Bannack, nos asustamos sin motivo... Además, preferimos saber qué sucede, ya que si es el señor Trevor, se comporta de un modo extraño, yo diría que histérico, incluso. ¿No creen? Estoy dispuesta a bajar con usted. Tú, Nora, métete en...

—No. Quiero saber qué sucede.

—De acuerdo...

—Yo iré delante —dijo Bannack.

Silenciosos, en fila india, como espectros.

Los golpes en la puerta seguían.

Bannack no alteró su paso, sus movimientos, ni aún en aquellas circunstancias, en que se presagiaba algo malo. Fue hacia la puerta; las dos mujeres estaban en el centro del salón, expectantes, Bannack, sin abrir aún, inquirió.

—¿Es usted, señor Trevor?

La voz que respondió sorprendió tanto a Bannack como a las dos mujeres. Era una voz femenina; quizás más que una voz, un chirrido tembloroso, implorante:

—Abran... ¡Abran, se lo ruego! Es horrendo... Por favor, ábranme...

Bannack miró a las dos mujeres. Luego, abrió la puerta.

Y entró, como empujada por un ciclón, una especie de muñeca sollozante, temblorosa, que parecía entonces incapaz de articular una sola palabra; allí estaba, convulsa, sollozando, aun cuando tenía los ojos muy abiertos, dilatadas sus pupilas, por lo cual su gris se esfumaba para dejar paso al negro.

—Lo... lo he visto... ¡Lo he visto! —consiguió articular por fin, con un agudo grito.

Bannack miró a la señora Hendricks, como dándole a entender que ella era la persona idónea para calmar a aquella joven, al borde de un agudo ataque de histeria. Y también lo comprendió así Ethel, la cual, mostrando un semblante tranquilo se acercó a la joven, sujetándole las manos con firmeza, ya que daba la impresión de que iba a empezar a arañarse el rostro.

—¿Qué es lo que ha visto? —inquirió Ethel—. Serénese... Venga, siéntese aquí, y cuéntenos lo que ha visto, y quién es usted. Señor Bannack, ¿le importaría preparar un *whisky* para esta joven?

—Por supuesto que no...

Bannack se dirigió hacia el vetusto mueble-bar, que antes solo había cobijado telarañas, pero que ellos habían surtido adecuadamente, para, en ciertos momentos, mitigar la soledad con un buen trago, Bannack preparó la bebida de la joven, que aún temblaba, muy abiertos los ojos, aunque ya se empezaba a notar el límpido gris de sus pupilas.

Bebió la dosis de un solo trago y enrojeció un poco; luego, su respiración empezó a ser más normal.

Tras enrojecer, sin embargo, era ostensible, notoria, su palidez. Meneaba la cabeza, sacudía su melena color oro; se tapó el rostro con las manos.

La dejaban tranquila en aquellos momentos, en vista de que reaccionaba favorablemente.

Por fin, la joven respiró hondo, y con mirada algo más normal dirigió un vistazo a las tres personas que la rodeaban.

—Está... está muerto... ¡Despedazado el rostro! —exclamó de pronto—. El rostro, el cuello...

—¿A quién se refiere? —inquirió, con un soplo de voz, Bannack.

—Al señor Trevor...

—Pero...

—Yo le conocía. Es más... Bien, es una historia que no me favorece gran cosa, y que no creo que haga el caso en estos momentos, pero conocía al señor Trevor. Y... lo vi... Con mi objetivo, vigilando la superficie del lago, le veía; él, por contra, no podía verme a mí... Y presencié, si bien de modo muy confuso, lo que sucedía... Fue una sombra extraña; yo estaba muy lejos... Espero que mi objetivo preparado para fotografía nocturna haya ido más lejos que mi vista... Pero al ver lo que sucedía, me lancé hacia donde estaba el señor Trevor, y...

Se mordió los labios.

Todos la contemplaban en absoluto silencio. Parecían muy impresionados.

Sonó muy apagada la voz de Nora:

—Pero... usted está sugiriendo que el monstruo del que habló el señor Trevor existe...

—¡Por supuesto que sí! Y yo... Quizás ustedes están dudando de mí... Pero pueden verlo...

—¿Seguro que está muerto? —inquirió Bannack—. Si pudiéramos hacer algo por él.

—No creo... Le vi de un modo...

—No obstante, convendría cerciorarse —dijo Bannack—. Comprendo que ustedes prefieran quedarse aquí, pero iré a ver si es posible hacer algo por el señor Trevor.

—Iremos todos —musitó la señora Hendricks—. A las realidades no conviene volverles la espalda. Si se siente con fuerzas, usted guía, *miss*.

—Darrell... Lorena Darrell... —musitó la joven rubia.

—Vamos —dijo Bannack—. Si no está muy lejos, ni siquiera debemos tomarnos la molestia de vestirnos.

No. No estaba muy lejos. La barca estaba zozobrando mansamente en las aguas del lago, a menos de trescientas yardas de la casa, entre hierbas muy altas, puntiagudas. Fue el señor Bannack quien arrastró la barca a la orilla, dejando el espectáculo a la vista de las tres mujeres. En silencio, rígidas, estaban observando aquel cadáver con el cuello y el rostro destrozados; surcos, orificios, sangre; aquellos ojos en blanco...

Luego, las miradas fueron hacia el lago; hacia aquellas aguas mansas, quietas, como bruñidas.

—Por supuesto, nada puede hacerse... —musitó el señor Bannack.

CAPÍTULO 3

ERA natural que el sueño hubiese huido de aquellas cuatro personas que se habían encerrado en la casa, que tenía mucho de sombría en aquellas circunstancias, con el lago tan cercano, con su humedad envolviéndola.

Cada cual estaba encerrado en su habitación correspondiente, y solo *miss* Darrell estaba haciendo algo de particular: se dedicaba a su trabajo. Había improvisado un pequeño laboratorio de revelado, y, por supuesto, trabajaba a oscuras y con gran cuidado, con el fin de no velar lo que hubiese captado el objetivo de su cámara; con seguridad, el objetivo habría tomado algo sustancioso, con mayor fidelidad que los propios ojos de la joven Lorena Darrell.

Lorena ni siquiera se había desnudado: estaba segura de no poder dormir, y la excitación, el horrible recuerdo de lo que tan fugazmente había visto, estremecían su cuerpo de vez en cuando: un bonito cuerpo, joven, esbelto, sin las estridencias de Nora, por ejemplo, en su figura. Lorena parecía más dulce...

Mientras trabajaba, la joven echaba vistazos al lago, buena porción del cuál era visible desde su ventana.

El monstruo, recapacitando, debía ser una víctima astuta con toda seguridad, por otra parte, anfibia, ya que no había aparecido por el agua: no, al menos, desde el centro del lago, sino por un rincón; por entre hierbas, en la orilla, debió estar al acecho, y atacar con furia en el momento oportuno.

Lorena sintió una leve crisis de miedo, pero la venció: la garra que había visto, confusa, negra, extraña, repelente era, de todos modos, una tortura continua en su cerebro.

Por fin, Lorena iba a ver las fotografías que su cámara preparada había tomado. Ya podía encender la luz y echar un vistazo.

Notó que el corazón le palpitaba con mayor rapidez, con un golpeteo anormal.

Apretó el interruptor de la lámpara de la mesita de noche y se sentó en el borde del lecho, con una cascada de cabello rubio sobre un lado del rostro, no obstante, ello no impedía la visión de las fotografías.

Lorena, muy abiertos los ojos, iba pasando una por una aquellas tomas, de las cuales había cuatro de gran interés: cuatro de ellas captaban el momento en que la garra aparecía: en que la garra, que se apreciaba con escasa claridad, estaba ocultando el rostro del señor Trevor, lanzando los zarpazos mortales.

La joven se mordió los labios. Tendría que trabajar en ampliaciones aunque, no había duda, aquella sombra, aquella garra, no podía tener otra explicación que la existencia del monstruo; imposible dudar. Un ser anfibio, con toda probabilidad...

Anfibio.

Lorena casi saltó del lecho.

Anfibio significaba que podía vivir también fuera del agua; quizás, a causa de lo ocurrido con Trevor, aquella horrenda criatura, aquel ser de pesadilla, anduviera cerca de la casa, de nuevo dispuesto al ataque.

Lorena se precipitó hacia la ventana, dejando la luz encendida, por si podía captar algo, algún movimiento, una sombra...

No obstante, todo era paz, soledad, quietud, lo mismo en el entorno que en el lago, en aquella superficie quieta.

Y la joven, aunque muy excitada, deseando gritar su descubrimiento, optó por volver a sentarse, encender un cigarrillo, e ir dejando que transcurrieran las horas; no quería molestar más a las Hendricks y al señor Bannack. Este había sido una buena ayuda, y el que aportó la idea de que no había que complicar mucho las cosas, ni tocar el cuerpo; el señor Bannack fue quien tuvo la idea de dejar el cadáver en la barca, cubierto con una manta; solo eso. Ya se decidiría a la mañana siguiente.

* * *

En cuanto Lorena oyó que se abría una de las puertas del pasillo alargó una mano para tomar las fotografías más interesantes de la serie revelada, y corrió hacia la puerta, abrió, y casi tropezó con el señor Bannack, que cruzaba por delante del cuarto de Lorena en aquellos instantes.

—Buenos días, *miss* Darrell —saludó Bannack, tranquilo—. Tengo la impresión de que nadie ha dormido esta noche aquí...

—Por mi parte, confieso que así es, señor Bannack. Quería... mostrarle algo... —musitó Lorena.

Le tendió las fotografías.

El sonámbulo las tomó, y estaba empezando a contemplarlas cuando apareció la señora Hendricks en el pasillo, algo desgredada, con huellas de no haber pagado ojo. Bannack alzó la cabeza, miró a Ethel, y dijo:

—Es impresionante, señora Hendricks... Quizás sea mejor que no lo vean...

Ethel, sin responder, se acercó a Lorena y a Bannack. Se limitó a echar un vistazo a la primera fotografía; allí estaba la garra, casi ocultando el rostro de Trevor. En otra, se veía la expresión de Trevor, roto por el pánico, y ya lleno de surcos y sangre el rostro. Y así sucesivamente. Hubo incluso un ligero temblor en las manos del sonámbulo, al ir pasando las fotografías. Y los tres se miraron luego, quizás con la misma inquietud en los ojos.

—¿Qué se le ocurre, que podemos hacer, señor Bannack? —inquirió indecisa, retorciéndose las manos, Ethel Hendricks.

—Supongo que yo debería ir a Merton, y avisar allí al ayudante, a la policía... No se me ocurre otra cosa —musitó el señor Bannack.

Aparecía en aquellos instantes Nora, con el minivestido de rombos algo arrugado, con greñas que no le restaban atractivo, y tras mirar a su madre, a Lorena, y a Bannack, inquirió, con cierta sorna:

—¿Conspirando?

—No bromees ahora, Nora —susurró la señora Hendricks—. De momento ha muerto un hombre, y... Ven. Quiero que veas estas fotografías.

Nora se acercó, y las fotografías pasaron a sus manos; quizá fue quien más se impresionó de allí; estaba lívida. El color de sus labios se había esfumado; le temblaron las manos, y un chispazo de horror alteró su expresión.

Nadie decía nada, hasta que Nora, con voz algo temblorosa, mirando a Ethel, susurró:

—Mamá... quiero irme de aquí...

Ethel dirigió una larga y extraña mirada a su hija.

—¿Por qué, Nora? ¿Por el monstruo? No temas, ya descubierto, le darán caza...

—¡No es el monstruo lo que me preocupa! —estalló Nora.

—¿Entonces, hija? —inquirió, con tono muy suave, Ethel, dando a entender a Nora que debía tranquilizarse.

Nora se estrujó las manos.

—No sé... Quiero irme, y eso es todo —dijo.

Ethel soltó un suspiro; miró a Joel Bannack, y dijo:

—Por mí, su sugerencia es aceptada, señor Bannack. Y podría hacer otra cosa, en nuestro beneficio: llevarse la barca, con el cuerpo de Trevor. Además, esas fotografías obtenidas por *miss* Darrell.

—Sí, claro, son necesarias; muy importantes. La verdad es que no creía en la existencia de ese monstruo en el lago —murmuró Bannack—. Pensé, y sin dar mayor importancia a la cosa, que Trevor no era más que un periodista medio loco, con deseos de hallar algo sensacional, pero que

aquí iba a estrellarse en el vacío, en la nada. Sin embargo...

Se produjo una pausa silenciosa.

La trunció Lorena para decir:

—Yo iré con el señor Bannack al pueblo. Y... tengo que hacerles una advertencia; ese monstruo es anfibio, lo que significa que puede moverse por tierra firme. Les... recomiendo atención...

Nora se estremeció.

Ethel pareció encajar la noticia con mayor calma, y dijo, por todo comentario:

—Lo tendremos en cuenta. Ahora, lo mejor será tomar el desayuno. A todos nos sentará bien reponernos un poco.

—Yo acepto encantada —dijo Lorena—. Y tendrán que perdonarme las molestias. La verdad es que me siento un poco culpable... Yo soy... era, rival del señor Trevor, y... le seguí; eso fue lo que hice; me amparé con su mayor experiencia; quería anticiparme a él, traicionarle, sin que se enterase, y...

Por un momento, las lágrimas acudieron a los ojos de Lorena. Se calmó, y fue la primera en echar a andar en dirección al descansillo de las escaleras que conducían a la planta baja.

Estaban saliendo de la casa, y Bannack se dirigía hacia el semiderruido garaje, cuando oyeron el motor de un auto, que se estaba acercando; se veía la nube de polvo, y todos quedaron mirando en dirección al camino hasta que, instantes más tarde, se hacía visible aquel enorme «Buick» oscuro, no muy nuevo, que tenía todas las trazas de ser un auto de alquiler.

Las Hendricks, Lorena y el señor Bannack quedaron quietos, mirando hacia el auto, que poco después se detenía frente a la casa.

Veían a tres hombres, que se estaban apeando. Cada uno de ellos, luego, iba a por cierto equipo, que llevaban en el maletero. Y la primera en comprender fue Lorena, que dijo, con voz baja:

—La competencia. Era de esperar...

Los demás comprendieron de inmediato. Por otra parte, uno de los reporteros, cámara al hombro, con una sonrisa ancha, de hombre de mundo, se acercó al grupo. Los otros dos le seguían. Aquel tipo, de cabello gris, quizás prematuramente gris, y ojos azules, dijo:

—Debía haber llegado yo solo, pero es innegable el olfato de mis colegas y competidores; así que me dije que era inútil tratar de despistarles. No es que vayamos a trabajar en equipo, ni muchísimo menos, pero ven más seis ojos que dos y...

—¿Quiénes son ustedes? —cortó, un tanto seca, Nora.

—Oh, vaya... ¡qué omisión! En primer lugar, diré que me llamo Wells. Ellos son Marlowe y Copper. Cada uno de nosotros guarda el secreto del nombre del semanario o diario para el que trabajamos.

—¿Y qué vienen a hacer aquí? —inquirió de nuevo Nora.

Los tres fotógrafos, con mirada inquisitiva, miraban al grupo formado por Lorena, las Hendricks, y el señor Bannack.

—Es increíble que ustedes no hayan oído hablar de eso... del monstruo de este lago —dijo Wells.

Lorena se mordió los labios, y, sin poder evitarlo, miró hacia la barca varada en la orilla, a cien yardas de distancia. Lo mismo hizo el señor Bannack, silencioso, con su expresión ausente; mirar hacia la barca. Nora, furiosa, asustada, solo miraba a aquellos tres hombres que venían a complicar aún más las cosas. En cuanto a Ethel, también miraba hacia la barca.

Wells entornó los ojos, y sin despegar los labios echó a andar hacia la barca. Copper y Marlowe se miraron, vacilaron un poco, pero acabaron por seguir a su colega.

A medida que se acercaban, veían mejor aquel bulto cubierto por una manta.

Nadie respondió.

Wells fue el primero en llegar; antes de tocar nada, estuvo observando la pequeña barca con motor fuera borda; sus ojos azules escudriñaron todo aquello; musitó.

—Sangre... Eso es sangre seca...

Se acercó al bulto cubierto por la manta, tomó una punta de esta, y, tras humedecerse los labios, dio un tirón. Sonaron exclamaciones. Los tres hombres estaban pálidos, y muy excitados. Los tres podían contemplar el rostro destrozado de Trevor, aquellos surcos y orificios...

Instantes más tarde, las tres cámaras, moviéndose sus propietarios desde ángulos distintos, empezaron a derrochar película. Primero, el rostro del cadáver, luego, el bulto cubierto; la lancha, parte del lago...

Bannack, las Hendricks, y Lorena, se habían acercado. Bannack, pausado y tranquilo como siempre, murmuró:

—Si han terminado, señores, debo conducir este cadáver a Merton, y hablar con la policía para...

—Un momento... Un momento, señor...

—Bannack.

Wells, el tipo del cabello gris y ojos azules, buscó la forma de mostrarse persuasivo. Dio un par de pasos hacia Bannack, y dijo:

—Mire... Este hombre está muerto, señor Bannack...

—Salta a la vista.

—Sí, pero yo no estoy bromeando. Un hombre muerto es ya algo insensible; por lo menos, su cuerpo. ¿Comprende usted? Señor Bannack... nosotros queríamos pedirle algo: no vaya a Merton, ni hable con la policía. Le diré qué ocurriría: llegarían aquí, nos echarían, y desde Waukesha, la capital del Condado, empezaría a llegar más gente; todos

policías. Acordonarían el lago, nos impedirían apostarnos con nuestras cámaras, y... en definitiva saldríamos perdiendo nosotros que, es obvio, tenemos prioridad sobre la noticia...

—Ustedes no tiene prioridad alguna —intervino Nora—. Es ella, *miss* Darrell, la que...

—Por favor, *miss* Hendricks —pidió Lorena.

Pero el desliz de Nora estaba ya descubierto. Wells, Marlowe, y Copper, miraban con mucha atención a la bella Lorena. Wells fue quien reaccionó, con una sonrisa, y dijo:

—Bien, colega, felicidades... Pero vayamos a lo nuestro. Creo que todos estamos de acuerdo: si las autoridades ven a ese hombre muerto por el monstruo, nos echarán de aquí, rodearán todo esto: serán ellos quienes se anoten un éxito resonante...

—Pero ocultar estos hechos a la policía, Wells... —se mostró indeciso Marlowe.

—¡Audacia! —masculó Wells—. No es necesario más que un poco de audacia: es nuestra profesión. Además, no vamos a ocultar esta muerte indefinidamente. Escuchen... Nada podemos hacer por ese hombre muerto. ¡Nada! Sin embargo, nosotros podemos tener suerte... Podemos concedernos un margen prudencial. Tenemos en perspectiva el reportaje gráfico, y la crónica correspondiente más sensacional de nuestra carrera... Lo tenemos a nuestro alcance. Todo se derrumba si avisamos a la policía. Lo saben: nos echarán de aquí...

Marlowe y Copper lo comprendían muy bien.

Wells les miraba, y también a Lorena. Wells estaba excitado; tanto, que incluso había brotado en su frente el sudor.

—Lo entienden perfectamente —remachó—. Marlowe, diga algo... Nunca tendrá una posibilidad como esta de alcanzar la fama. Y dinero.

Marlowe, silencioso, meneó la cabeza.

Intervino entonces Nora, de nuevo, diciendo:

—Han llegado tarde. *Miss* Darrell tiene fotografías que...

—Calla, Nora —cortó seca, la señora Hendricks.

Los tres fotógrafos miraban a Lorena en aquellos momentos. Wells musitó:

—¿Podemos verlas, *miss* Darrell?

Lorena vaciló un poco, pero musitó:

—¿Por qué no?

Las tendió a los tres hombres que, ávidos, las contemplaban muy atentamente, una y otra vez, silenciosos, pero excitados, y pálidos, el sudor seguía resbalando por la frente de Wells quien, por fin, devolvió las fotografías a Lorena, diciendo:

—No están trucadas, son auténticas. *Miss* Darrell... tiene una fortuna en sus manos... ¡Y el monstruo existe, es evidente! Más a mi favor para

silenciar, solo por el momento, un día, dos... tres como máximo, lo ocurrido aquí...

Se produjo un nuevo silencio, que cortó Marlowe, dirigiéndose a Lorena:

—Le compro esas fotografías, *miss* Darrell. Le...

—¿Usted las vendería, señor Marlowe?

—Confieso que no. Pero...

—No se esfuerce, entonces —cortó Lorena.

—Comprendo... Bien, vistas esas fotografías, creo que me decido por guardar silencio, y... ocultar, por ahora, lo ocurrido. Tenemos la oportunidad de fotografiar, de cuerpo entero, a esa bestia... Podemos alcanzarla con facilidad; sale, merodea... Y deduzco, por lo que he visto, que es un ser anfibio... Me quedo con su idea, Wells. Voto por silenciar esto.

—Yo también —susurró Copper.

—Magnífico...

—¿Cuentan con nosotras? —inquirió Ethel, entonces.

—Se equivoca si cree que puede ocurrirles algo... —se apresuró a decir Wells—. Señora... señora...

—Hendricks.

—Señora Hendricks, nosotros las protegeremos. Usted quizás no conozca los recursos de la fotografía, pero toda nuestra misión puede reducirse a situar nuestras cámaras de modo estratégico, preparadas para el disparo automático; tomas sucesivas, sincronizadas... Mientras, podemos dedicarnos a una vigilancia visual, con prismáticos, sin alejarnos de la casa, y evitar cualquier peligro que pudiera cernirse sobre nosotros a consecuencia de la aparición de ese monstruo... No pensamos abandonar a nadie a su suerte, ni mucho menos. Y... les ofrecemos una atractiva compensación... Si colaboran, pueden obtener mucho dinero... Me gustaría que se dieran plena cuenta, que tuvieran completa conciencia de lo que estamos a punto de conseguir...

Gesticulaba, sudaba, casi suplicaba: se mostraba convincente, en suma, al parecer, ya que nadie le contradecía en aquellos momentos.

Wells se daba cuenta de que estaba obteniendo el éxito.

Miró hacia el lago, y concluyó:

—Creo que no debemos perder tiempo; hay que situar las cámaras en los lugares que consideremos más idóneos.

CAPÍTULO 4

EL imperturbable señor Bannack, como de costumbre, como si estuviese computado, había hecho lo mismo de siempre, y se había retirado ya. En aquellos instantes, en el salón, tomando un *whisky*, pensativa, muy preocupada, sin otro deseo que el de salir de aquel lugar, se encontraba Nora.

Se sobresaltó un poco cuando oyó abrirse la puerta que daba al exterior. Y dejó de prestar atención, para volver a su *whisky* y a sus ideas, cuando vio a Marlowe, que entraba en la casa. Marlowe era un hombre pequeño, de cabello rubio sucio, muy ralo, con unos sempiternos mechones sobre la frente.

Se dirigió directo al mueble-bar, y, silencioso, se preparó un *whisky*. Con el vasito en la mano, fue a sentarse frente a Nora, que seguía con su vestido de rombos, que al arrugarse se hacía aún más corto. Frente a ella, Marlowe la miraba con rara intensidad. Marlowe, a juzgar por su actitud, estaba tramando algo. Nora se daba cuenta, lo presentía.

De pronto, baja, cauta, sonó la voz de Marlowe:

—Quisiera proponerle algo, *miss* Hendricks.

Ella apenas le miró.

—¿Aún más? Nos estamos exponiendo por causa de ustedes, y...

—Es sencillo. Algo muy fácil, que a usted le va a reportar, de inmediato, cinco mil dólares.

—No interesa.

—Se trata solo de... sustraer, por decirlo así, las fotografías conseguidas anoche por *miss* Darrell. Así de sencillo.

—Ni lo sueñe. Hágalo usted.

—¿Por qué exponerme, si alguien puede hacerlo por mí?

—Propóngalo a otra persona, entonces. Conmigo se ha equivocado — dijo, seca, Nora, empezando a ponerse en pie.

Sonó, entonces, contenida, tras un jadeo, la voz de Marlowe:

—Síéntese, Caddie Armstrong. Es evidente que la he reconocido, así como a su madre. Jane y Caddie Armstrong. Bien... Dejemos a un lado la historia, y vayamos a lo positivo... prescindiendo, además, de esos cinco mil dólares, que he ofrecido solo por iniciar la conversación. Lo que usted ha de hacer, *miss* Armstrong, es robar esas fotografías a Lorena Darrell, y entregármelas. Usted está casi siempre en la casa, y no le faltan oportunidades; podría hacerlo incluso ahora mismo, pero no es necesario precipitarse; no hay prisa, pero las quiero. ¿Lo ha entendido?

Marlowe se mostraba amenazador, en aquellos momentos.

Caddie Armstrong, más que sentarse de nuevo, se había dejado caer en el sillón, cerró los ojos, como si con ello pretendiera dejar en blanco su cerebro, dejarlo reposar un poco, pero era imposible: el infierno había vuelto a su mente, que se retorció; su cuerpo sufrió un fuerte espasmo.

—Tranquilícese —dijo Marlowe—. A cambio, mi silencio. Por supuesto, sería magnífico poder escribir en mi revista dónde se encuentran las Armstrong, y mandar fotografías de ustedes, pero, por ahora, es mucho más interesante, sensacional el asunto del monstruo. Colabore, *miss* Armstrong, y tiene mi silencio asegurado.

—Yo...

—Puede... debe —subrayó—, hacerlo, *miss* Armstrong. Es sencillo. Piense en usted misma, y en su madre. Están en un lugar magnífico para pasar desapercibidas: solo la fatalidad de la aparición de ese monstruo podría descubrirlas, pero repito que no pienso hacerlo. Le iré dando instrucciones; tan solo espero de usted la promesa de colaboración. Sea inteligente, práctica.

—Bien...

—No puedo entretenerme más; debo ir a mi puesto. Me interesa enormemente ese monstruo... ¿Cuento con usted? No vacile más, Caddie. Puede costarle caro —masculló, de nuevo amenazador, Marlowe.

—Está bien... —dijo, con voz temblorosa de ira, Caddie.

—Magnífico. No haga nada esta noche. Viva en paz. Yo le indicaré el momento oportuno para actuar. Será una buena jugada... A su salud, Caddie.

Bebió el *whisky* de un solo trago.

Caddie le miraba con intensidad en aquellos momentos; parecían enrojecérsele los ojos.

—¿Dónde está la señora Armstrong? —inquirió, luego, Marlowe.

—Arriba, en su cuarto. Le tiene miedo a Bannack; es un sonámbulo peligroso.

—Vaya... No faltan complicaciones —rió Marlowe—. Si no quiere, no es necesario que alarme a su madre, Caddie. Entre usted y yo puede seguir este pequeño secreto. ¿De acuerdo?

—Haré lo que me diga, Marlowe.

Marlowe se acercó a ella; la mirada del hombre adquirió brillo, al posarse en las piernas, el busto, y luego en la boca de Caddie; una boca que, por cierto, estaba apretada y pálida, Marlowe, con una sonrisilla, se inclinó, besándola. Era como besar mármol, y se apartó, con un gesto de disconformidad.

—Su actitud no es la más adecuada, Caddie —susurró.

—Usted ya pide demasiado...

—No lo creo. Piénselo un poco. Tiene margen.

Y Marlowe, entonces, se dirigió hacia la salida, desapareciendo de la vista de Caddie, cuya expresión de odio y miedo le desfiguraba el rostro de un modo horrible en aquellos momentos; no solo sus labios parecían de frío y duro mármol, sino todo su cuerpo, sometido a una fuerte tensión; un cuerpo rígido, a la defensiva...

Marlowe, ya en el exterior, se sentía satisfecho de sí mismo. ¿Jugaba sucio? Tal vez. Pero el fin justificaba los medios. Por otra parte, estaba seguro de que cualquiera de sus colegas, en aquellas circunstancias tan favorables, haría lo mismo. Por consiguiente, ni pensar en los escrúpulos; era absurdo. Además, ¿acaso las Armstrong merecían algo mejor?

Marlowe veía avanzar tres figuras a su encuentro, que reconoció de inmediato. Eran la bonita *miss* Darrell, con sus pantalones y el anorak, que desfiguraba su dulce contorno, y a su lado Wells y Copper.

—¿Al retiro, acaso? —inquirió Marlowe, sorprendido.

—Nada de eso —gruñó Wells—. Vamos a hacer lo mismo que usted ha hecho, Marlowe; tomar algo reconfortante.

—Es una buena idea. Supongo que no me guardan ningún secreto.

—Nada del monstruo, por ahora —dijo Wells—. Pero aparecerá, lo presiento... Se da cuenta de que hay presencias extrañas; tiene que aparecer... Nuestras cámaras están bien situadas, y tenemos que captarle. Y aún más, aunque quizás se me considere en exceso optimista; le veremos con nuestros propios ojos.

—Ojalá, Wells. Vayan a por ese *whisky*. Yo echaré un vistazo.

Lorena, Wells y Copper, se dirigieron hacia la casa. Marlowe, por su parte, contento, se propuso dar una vuelta, aunque sin alejarse demasiado. A solas, en aquel lago donde habitaba un feroz monstruo, no se sentía muy tranquilo. Y era curioso el contraste entre la calma del lago y la criatura que albergaba... Aquellas aguas tan lisas, mansas, sin apenas un rumor...

La verdad es que Marlowe pensaba que no debía molestarse gran cosa, ya que todo lo que obtuvieran los demás pasaría a sus manos. Sería magnífico: cuando quisieran recopilar el material obtenido, él ya estaría lejos, con todo... Y sin molestias, sin correr el riesgo de ser descubierto; para eso estaba Caddie Armstrong.

En su paseo, un poco distraído, Marlowe se acercaba al lugar donde había situado su cámara.

Allí, mirando al lago, enfocando también una zona de hierbas, y de arena, puesto que era un monstruo anfibio, podía llegar a la playa, aparecer...

Pero, por el momento, no parecía que el monstruo tuviera intención de hacerse visible.

Y Marlowe, impaciente, nervioso ante un éxito que se presentaba claro, y solo era cuestión de una prudente espera, dio media vuelta. Recorrería la parte del lago situada frente a la casa.

Y cuando giró, quedó completamente helado.

Vio la garra; eso ocupaba un primerísimo plano ante sus ojos.

Luego, sintió el desgarrador zarpazo que, ya en principio, le cegó por completo.

Aquellas terribles uñas le rasgaron los ojos, se los hundieron entre surcos y sangre.

El grito que lanzó Marlowe resultó espeluznante; un grito agudo, largo...

Pero se truncó de súbito, cuando aquella figura actuó, quizás asustada, lanzando zarpazos al cuello de su víctima; desgarradores zarpazos, que destruían la piel, músculos, tendones, venas... El rostro y el cuello de Marlowe parecían pertenecer al reino del horror.

Estaba ya en el suelo, muerto, cuando aquel ser, con rabia, al parecer, se dedicó a asestar zarpazos a la cámara, como si fuese un enemigo también, cejó cuando la cámara cayó al agua, con lo cual quedaba inutilizada, inservible. El ser, la sombra de las zarpas, desaparecía con rapidez. Primero un chapoteo, desapareció entre altas hierbas...

* * *

La primera en ponerse en pie fue Lorena, muy pálida.

Los demás la imitaron; se miraban entre ellos.

Nora tragaba saliva, tenía los ojos saltones en aquellos momentos.

—Ha... ha sido un grito humano... —jadeó Lorena.

Wells, súbitamente sudoroso, dijo:

—¡Corramos! ¡Ha podido ocurrirle algo a Marlowe!

Sin excepción, todos se dirigieron hacia la puerta, atropellándose. El primero en salir y echar a correr fue Wells, seguido por Copper; las dos mujeres. Lorena y Caddie, se rezagaron un tanto, pero no perdían de vista a los dos hombres. Parecían guiarse por el lugar desde el que había brotado aquel grito de pánico inhumano, de dolor sin límites. Corrían bordeando la orilla, bien orientados.

Wells y Copper llegaron en primer lugar, y solo segundos más tarde lo hacían Lorena y Caddie.

—Dios mío... —gimió Lorena, ocultándose el rostro con ambas manos,

y volviendo la espalda al horrible espectáculo.

Nora, con un alarmante color en el rostro, fulgor rojo en la mirada, observaba aquel cadáver.

Los dos hombres estaban como obsesionados por aquella visión.

Parecía que no podrían reaccionar, tal era su inmovilidad, su pasmo, su horror, ante aquella muerte espeluznante.

—Las huellas vuelven al agua... —susurró Copper.

—Sí, claro...

Y todos miraron hacia las hierbas, el lodo... y hacia el centro quieto y tranquilo del lago.

Se oyó la temblorosa voz de Lorena:

—Yo... yo no voy sola a por mi cámara...

—Claro que no. Nadie irá solo —dijo Wells—. Iremos todos a por la cámara de cada uno. Bien... usted, *miss Hendricks*...

—Iré con ustedes —susurró Caddie—. No... no me atrevo a regresar sola a la casa...

—De acuerdo. Vayamos a la más cercana; la suya, *miss Darrell*.

—¿Y... el cadáver? —musitó Lorena.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es dejarlo junto al del señor Trevor. Bien... ya son dos las víctimas de ese monstruo. Si no hemos conseguido algo positivo, que nos permita anunciar el éxito, nos veremos más comprometidos, pero... aún solicito un plazo; un poco más. Marlowe fue un imprudente al arriesgarse a solas... Nosotros sabemos cuidarnos mejor. Vamos.

Echaron a andar.

Tardaron unos veinticinco minutos en retirar todas las cámaras situadas en las márgenes del lago, y luego, antes de meterse en la casa, Wells y Copper se dedicaron a conducir el cadáver de Marlowe junto al de Trevor, en la misma barca, y cubiertos por la misma manta. El olor a cadáver en descomposición, correspondiente a Trevor, era algo ya ofensivo, molesto. El único comentario que hizo Wells al respecto fue el de que alejarían de allí la barca.

Poco más tarde, entraban todos en la casa.

En el vestíbulo, esperando, estaban la señora Hendricks, en bata y también Bannack. Ambos, desde el ventanal, habían visto lo que ocurría. O, por lo menos, lo adivinaron, al ver colocar el cadáver de alguien, y se deducía de quién por su ausencia, junto al cuerpo de Trevor, en la barca.

Nora se dirigió hacia su madre, que pasó un brazo por los hombros de Nora, como una señal de protección.

Aquella mujer no despegó los labios. Bannack musitó:

—Estamos yendo muy lejos, señores... Ya son dos las...

—Por favor, Bannack, estamos realizando algo muy importante —comentó Wells—. Dispénsenos ahora. Tenemos que revelar nuestras

respectivas películas, por si las cámaras han captado algo; es una posibilidad muy digna de tener en cuenta.

Lorena, Wells, y Copper, fueron hacia el cuarto de Lorena, donde esta tenía montado el pequeño laboratorio; había que moverse a oscuras, pero ello nada significaba para los buenos profesionales.

Abajo, las Armstrong seguían abrazadas, mientras que el señor Bannack parecía algo desplazado de todo aquello. Como siempre que había dormido, tenía los ojos enrojecidos, y una rara expresión. El hombre se retorció las manos, indeciso, pero al final optó por despedirse de las dos mujeres, y volver a su habitación, reflexionando.

—Mamá... —susurró Caddie—, el señor Marlowe nos había reconocido. Me lo dijo. Me presionó para que robase todo lo que los demás fuesen obteniendo...

—Lo oí, Nora —musitó la señora Armstrong.

—Es un riesgo permanente... Lo que sucede en el lago se difundirá: llegará gente de todas partes... ¿Crees de veras que aún podemos seguir aquí?

—No lo sé... Pero lo que no pienso hacer es precipitarme.

—Huyamos...

—No es el momento.

—No estoy de acuerdo. El momento es hoy; ahora.

—Calla —cortó la señora Armstrong—. Y vete a la cama.

—¿Y tú?

—También. Vamos.

Subían a sus habitaciones. Estaban llegando al descansillo, cuando oyeron exclamaciones provenientes del cuarto de Lorena, donde estaba instalando el laboratorio. Las dos mujeres avanzaron en aquella dirección cuando se abrió la puerta; el recuadro de luz apareció en el pasillo. Los dos hombres y Lorena estaban muy excitados, con unas fotografías en las manos.

—¿Suced algo? —inquirió, tranquila, la señora Armstrong.

—¡Lo tenemos, lo tenemos! —casi aulló Wells, quien, al parecer, sudaba a la menor impresión, y aquello que tenía en las manos se la producía, e intensa, además.

Sin mucha curiosidad, quizás miedo más que otra cosa, Caddie dirigió la mirada a las fotografías; también la señora Armstrong.

—¿Lo ven? ¡Captado! Es decir... vemos una sombra uniforme... Vemos la forma de ese ser anfibio, de ese monstruo asesino del lago... Ya sabemos cómo es; esta es una magnífica referencia. Vean; la cabeza, la forma del cuerpo... Lo lamentable es la distancia a que está captado; solo nos presenta una forma en sombras, pero como referencia es magnífica... Ha sido la cámara de *miss* Darrell la que ha tomado estas fotografías...

Caddie, con una sorprendente palidez, miraba aquella fotografía, con la

sombra que destacaba bastante bien teniendo como fondo el lago, y algunas hierbas. La mirada de Caddie, con ansiedad, con miedo, recorría los contornos de aquella figura plasmada en la cartulina.

Por su parte, Jane Armstrong parecía más tranquila.

—¿Y qué van a hacer ahora? —inquirió.

—Redoblar el esfuerzo —dijo Wells—. Evidentemente, no se trata de un monstruo que sale de vez en cuando; sale con continuidad... Es anfibio, no hay que olvidarlo, y estimo posible que pase horas enteras fuera del agua... Se me ha ocurrido una idea que vamos a poner en práctica, de acuerdo con mis compañeros. Vamos a colocar... muñecos: sombras vestidas... Vamos a colocar cebos, para atraer al monstruo, para despertar sus iras. Y, repito, redoblar nuestro esfuerzo, para captarlo con mayor fidelidad. Las pruebas de que existe son ya indiscutibles. Ni el más incrédulo podría dudarlo, a la vista de las fotografías obtenidas por *miss* Darell, y... esos cadáveres... Pero señoras, no se preocupen; ustedes vivan con normalidad; es labor nuestra. Su compensación, se lo garantizo, será magnífica...

Caddie se mordía los labios; su madre dijo:

—Entonces, nos retiramos.

—De acuerdo...

—Iré a tu cuarto un momento, mamá —dijo Caddie.

—Como quieras. Si tienes miedo...

—Lo tengo, no voy a negarlo. Es que... Oh, pero son cosas personales.

La señora Armstrong sonrió a los demás, y fue hacia su cuarto, con Caddie detrás de ella; quedaron encerradas. La señora Armstrong, seca y fría la expresión, inquirió:

—¿Qué quieres, Caddie?

Caddie seguía lívida; su voz apenas fue audible:

—Lo que hay en las fotos son sombras chinescas...

CAPÍTULO 5

AUNQUE Lorena no podía pegar un ojo, no era menos cierto que estaba realmente cansada, agotada.

Además, su cerebro era un continuo desfile de imágenes, a cual más pavorosa; desde el descubrimiento de lo ocurrido con el señor Trevor hasta la visión del contorno del monstruo anfibio, habitante del lago de aquella zona.

Estaba en el lecho, como todos; en absoluto silencio. Había que descansar siquiera unas horas; para poder trabajar al día siguiente, con ideas, con la mente despejada. Lorena estaba convencida de que al día siguiente no se encontraría mejor, sino embotada. Y no tenía la esperanza de que sus colegas se encontrasen mejor.

Tenía los ojos abiertos, y miraba hacia su derecha; es decir, al lugar donde destacaba cierta claridad enmarcada; donde la claridad que penetraba por la ventana formaba un recuadro sobre la pared, más claro y definido que el resto.

Lorena miraba, pero sin ver; toda su vida estaba concentrada en el cerebro en aquellos momentos.

Sin embargo, algo estaba ocurriendo.

Algo que, al principio, no era en exceso notorio, perceptible.

Pero luego...

Algo crecía, aumentaba de tamaño, de volumen, en aquel recuadro de la pared que recibía la claridad de la ventana.

Lorena, de pronto, sufrió una sacudida; con pupilas dilatadas, aun quieta, de costado en el lecho, miraba aquella sombra que estaba en la ventana. ¡La sombra del monstruo! ¡Los contornos eran reconocibles! ¡Idénticos a los de las fotografías captadas por su cámara aquella noche!

El monstruo allí, en su ventana, acechándola...

Lo vio moverse; aquella sombra se movía... Quizás iba a destrozar los cristales y atacar...

Con una súbita e histérica reacción, Lorena lanzó un penetrante grito de terror, que alteró el ámbito silencioso hasta entonces de aquella casa; un grito estridente, roto, que acabó en un sollozo, mientras que Lorena, alocadamente, con el corazón palpitando de pánico, saltó del lecho, y y corrió hacia la puerta del cuarto.

Cuando miró a la ventana, ya no había nada, nadie; el monstruo había desaparecido...

Lorena, no obstante, sollozando, lanzando histéricos gemidos, abrió la puerta del cuarto, y salió al pasillo.

La oscuridad era apenas truncada por el recuadro de luz que dejaba en el piso la puerta de aquella habitación.

Y Lorena vio la sombra.

Aquella sombra que acudía hacia ella.

Gritó de nuevo.

Un grito que parecía ser una vida escapándose...

De pronto, el grito se truncó, para aparecer unos estertores, cuando unas manos rodeaban la garganta de Lorena, que luchaba con desmayo, sin convicción, rota de miedo, entre las manos de algo, de alguien. Ni siquiera podía identificarle... Ni siquiera era capaz de discernir que el monstruo no había podido pasar desde la ventana al pasillo con aquella inaudita, insólita rapidez, y mientras, se sentía sin respiración, sin aire, se le escapaba la vida...

Pero solo habían transcurrido segundos, en realidad, después de los gritos de Lorena; por lo de la relatividad del tiempo, lo que para Lorena fue la eternidad, el fin, para los demás fueron segundos. Se encendieron luces, fue apareciendo gente en el pasillo.

Y quien actuó con rapidez, eficacia, fue Wells, secundado por el pálido y aturdido Copper. Los dos hombres se abalanzaron contra el señor Bannack, cuyas manos estaban rodeando el cuello de Lorena, estrangulándola, mientras unos gruñidos escapaban de su garganta.

Tuvieron que emplear todas sus fuerzas, sus recursos, para que el señor Bannack soltara el cuello de Lorena quien, por fin libre, cayó al suelo desvanecida, con el color de la tez ya amoratado, con la boca muy abierta, y respirando con dificultad.

Aparecieron también las Armstrong, y fue Jane quien acudió hacia aquellos hombres, diciendo:

—¿Qué están haciendo? No deben gritar... El señor Bannack es víctima de un ataque de sonambulismo en estos momentos... Ya se lo advertí; era peligroso exponerse a salir al pasillo a estas horas... Tienen que tratarle mejor. Por favor, condúzcanle a su cuarto... No deben despertarle. No sé... Podría morir... Dicen que los sonámbulos pueden morir...

Sudorosos, tanto como el propio Bannack, que estaba sujeto por ellos, Wells y Copper miraban a Jane Armstrong, comprendiendo, por fin, lo que

ella decía.

En cuanto al señor Bannack, parecía más calmado. Su rostro aparecía brillante de sudor, contraído; sus ojos eran como llamas en aquellos momentos, con un brillo asesino...

Wells, por fin, pudo articular:

—Por favor, atienda a *miss* Darrell. Nosotros nos ocuparemos del señor Bannack... Sin embargo, el primer grito fue lanzado por *miss* Darrell desde su cuarto: estoy seguro. Yo no dormía.

—Ni yo... —masculló Copper, que estaba muy asustado.

—Bien, averiguaremos lo sucedido —dijo Jane—. Acuesten al señor Bannack. Entre mi hija y yo haremos lo propio con *miss* Darrell. Nora, ¿quieres traer sales para *miss* Darrell?

—Sí... —sonó, como un fuelle sin fuerza, la voz de Caddie.

—Antes, la dejaremos en cama.

Entre las dos mujeres podían trasladar sin dificultad el cuerpo de Lorena a su lecho. La depositaron allí, y Caddie tapó las desnudeces de Lorena, ya que su corto camisón se mostró muy indiscreto, al caer al suelo, revuelto el pelo, su ropa interior... Lorena estaba palideciendo, perdiendo el tono amoratado de los síntomas de asfixia. Caddie regresaba con las sales, que Jane aplicó a la joven.

Lorena no tardó en recuperarse, y su primera reacción fue un nuevo grito. Luego, pestañeando, revolviéndose, entendió que las cosas estaban mejor, puesto que veía aquellos rostros conocidos: las Hendricks, a su lado. Le aplicaron de nuevo las sales, y Lorena, ya consciente de lo que hacía aspiró profundamente, se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se sintió bastante mejor.

—¿Qué fue lo ocurrido, *miss* Darrell? —inquirió Jane.

Con un súbito gesto, Lorena miró hacia la ventana.

Pareció encogerse, se le dilataron las pupilas.

Allí no había nada, nadie. Y en el pasillo...

—*Miss* Darrell... ¿acaso no se siente mejor? —insistió Jane.

—Sí... sí, sí, muchas gracias... No creí despertar aquí, a salvo, entre ustedes... Primero, vi al monstruo... Se recortaba la sombra en la ventana; era fácil identificarlo... Cuando salí al pasillo, huyendo, caí en sus manos... Es decir, no sé lo que sucedió... Solo sé que me estrangulaban... Ha... Ha sido horrible...

Caddie, temblorosa la boca, susurró:

—¿Dice que vio al monstruo en la ventana?

—Su sombra, su silueta... Se recortaba en la pared, como en una pantalla de cine... ¡Pero era él, estoy segura! Van a decirme que ha sido una alucinación por agotamiento, por cansancio, o algo parecido, pero les aseguro que es cierto.

En aquel momento entraban Wells y Copper; ambos con el semblante

muy grave, pálidos, no repuestos aún de todas las impresiones recibidas. Parecían haber oído a Lorena ya que Wells, sin despegar los labios, se acercó a la ventana, y la abrió. Asomó un poco, echando un vistazo a todo lo que pudiera ser o representar un indicio. No obstante, no veía nada. Claro que el anfibio pudo trepar por la enredadera, o por los salientes y cornisas de la fachada...

Cerró la ventana, y fue hacia el jecho. Lorena le miraba.

—No he visto nada, *miss Darrell* —murmuró Wells.

—Pero es cierto que le he visto, que estaba ahí...

—No lo pongo en duda...

—Y... y cuando salí al pasillo, quiso estrangularme...

—Eso sí podemos aclarárselo sin lugar a dudas, *miss Darrell* —se apresuró a decir Wells—. Ha sido... el pobre señor Bannack... Creo que no tomamos muy en serio lo de sus ataques de sonambulismo, y a usted ha podido costarle caro... El señor Bannack debía encontrarse en el pasillo, y al salir usted, gritando, la atacó... Pudimos sacarla a tiempo de entre sus manos.

Lorena pestañeaba.

Luego, cerró los ojos. En realidad, se sentía mejor después de aquella explicación, aunque Wells estaba en lo cierto; pudo costarle caro salir al pasillo.

—¿Cómo está ahora el señor Bannack? —oyó Lorena la voz de Jane, dirigiéndose a Wells.

—Pues... estoy confuso... Ahora, duerme. Mi impresión es la de que duerme tan tranquilo. ¿No es así, Copper?

—Coincidimos, Wells. Le acostamos, y... a dormir. Supongo que el sonambulismo tiene esas cosas... En definitiva, tememos que ese anfibio del lago es incluso capaz de trepar, e ir en busca de sus víctimas... Eso, es obvio, le hace muchísimo más peligroso, y creo que deberíamos tener los ojos bien abiertos.

Wells rezongó:

—Yo sigo con mi idea. Mañana fabricaré unos muñecos, y los situaré en diversos puntos, con las cámaras ocultas, cerca. Hay que dar por sentado que el monstruo no reúne la inteligencia suficiente para distinguir un hombre de un muñeco, y discernir sobre ello. Es una trampa que espero dé resultado. Ahora... descansemos un poco.

—Yo... yo tengo miedo... —casi sollozó Lorena.

Wells miró a las Armstrong.

Nora susurró:

—Si a *miss Darrell* no le importa, me quedaré con ella.

Se retiraron todos, sin más, incluida Jane. Y ya a solas, con Lorena, Nora fue a cerrar la puerta de la habitación, a ella le asustaba la posibilidad de un nuevo ataque de sonambulismo de Bannack.

Era ya bastante tarde cuando Lorena se sintió con fuerzas para bajar al salón. Entraba el sol por el ventanal, y la suave temperatura se agradecía; desde allí podía verse el lago, muy azul y quieto, como de costumbre. La barca que contenía los restos de Trevor y Marlowe no estaba ya allí enfrente, por lo que la joven dedujo que Wells había trabajado en ello, alejando el olor a descomposición.

Lorena pensó ir a la cocina, pero oyó pasos, y un instante más tarde estaba frente al señor Bannack.

Instintivamente, llevándose las manos al cuello, Lorena retrocedió un paso, con un relámpago de miedo en sus ojos.

El señor Bannack inclinó la cabeza, y musitó:

—No debe temer de mí, *miss Darrell*... Me... me han contado lo de anoche. No recuerdo nada de lo que sucede durante mis ataques. Crea que estoy muy consternado por lo sucedido. Es algo horrible lo que me sucede... Yo necesito más que nadie la soledad, el aislamiento...

Lorena se tranquilizó; suavizó su expresión; incluso, al ver la cara compungida de aquel hombre.

—No se preocupe, señor Bannack —murmuró—. No ocurrió nada, después de todo. Y la culpa fue mía.

—Es usted muy amable, *miss Darrell*... Yo... no tengo cura... No hay solución para mí. Yo era un hombre de fortuna, que gasté haciéndome visitar por los más famosos médicos del país. He estado incluso en Europa, y... a usted, ahora, no me importa confesarle que he recurrido a curanderos, a hechiceros, incluso; lo mismo en Asia que en África. Pero ya ve; resultado nulo. Es trágica mi situación... Creo que haré bien marchándome de aquí.

—Tal vez hayan influido en usted los últimos acontecimientos, señor Bannack.

—Es posible... Pero no quiero arriesgar más vidas... Créame, es algo que me obsesiona: vivo aterrado si hay alguien a mi alrededor, en horas nocturnas... Nunca sé lo que voy a hacer... A veces, he tenido periodos de remisión, pero... vuelven los ataques; una y otra vez... No sé qué pasará esta noche, ni la siguiente; no sé qué haré, ni qué daño voy a causar... Y luego, por más que me esfuerzo, no consigo recordar nada. Es horrible.

Al pobre señor Bannack le temblaba la voz.

Lorena sintió algo parecido a la piedad, pero no tuvo tiempo de hacer comentario alguno, puesto que en aquel instante regresaba Wells, con Copper. Los dos parecían algo fatigados, e iban manchados de lodo, sudaban, y llevaban briznas de paja en el cabello y las ropas.

—¿Cómo se siente? —fue lo primero que inquirió Wells, al ver a Lorena y Bannack juntos.

—Me temo que yo estoy bastante mejor que el propio señor Bannack —dijo Lorena.

—Celebro que haya reaccionado. Bien... todo está listo. Copper y yo hemos trabajado duro esta mañana. Hemos fabricado varios muñecos, que hemos distribuido por las orillas del lago, cerca de aquí. Muñecos con paja, estacas, y harapos: algo así como espantapájaros, pero espero que surtan efecto, que atraigan a ese monstruo. Las cámaras pueden captar los muñecos de tres en tres. Hay que lamentar no poder disponer de la de Marlowe; se estropeó en el agua.

—Entonces, solo queda esperar la noche —musitó Lorena.

—A menos que el monstruo haga su aparición durante el día, pero lo dudo. Quizás sea estúpido por mi parte, o lo piense influido por leyendas, pero repito que dudo de que aparezca de día.

CAPÍTULO 6

LOS dos hombres, bien entrada la noche, y con ciertas precauciones, habían realizado una corta gira en la parte del lago que daba frente a la casa. Hasta el momento, Wells y Copper se sentían decepcionados. No se percibía rastro del monstruo.

Al llegar a un lado del lago, donde las hierbas eran más altas, con maraña de vegetación tocando el agua, y a bastante distancia de la casa, Wells se detuvo de pronto como si estuviera viendo algo imposible.

Copper le observó unos instantes.

—¿Ocurre algo? —inquirió.

—Soy un imbécil, Copper... ¡Un auténtico imbécil! —masculló, evidentemente furioso contra sí mismo, Wells.

—Pero... ¿qué sucede?

—¿Aún no te has dado cuenta? —casi gritó Wells.

Copper miró hacia el agua.

Estaba aturdido.

—¡La barca! La barca con los dos cadáveres... ¡No está! La dejamos varada aquí, entre esa maraña... —decía Wells—. ¿O no lo recuerda? La barca, claro... No voy a estudiar ahora la idiosincrasia de ese monstruo, pero parece claro que estaba buscando sus víctimas; quizás como alimento... Debe ser voraz y fuerte hasta la exageración... Ha hundido la barca y se ha llevado la presa...

Copper sintió que se le doblaban las piernas, y miró con aprensión en torno, luego hacia el lugar solitario en que habían dejado la barca aquella mañana. Nada. No estaba...

—Puede... puede que la barca se soltara, Wells... —susurró Copper, con voz apenas audible.

—No lo creo. De haberse soltado, cosa ya de por sí improbable, dada la calma del lago, y lo sólido de las amarras, la habríamos visto navegando sin rumbo por el lago. ¿Y usted ha visto algo?

—No...

—¡Claro que no! No se ha soltado... ¡Ha sido hundida por el monstruo!
—estalló Wells, muy excitado.

Copper sacudió la cabeza.

—Wells... esto es ya demasiado grave... Comprendo que para nosotros representa una gran oportunidad pero...

—¿Va a abandonar, Copper?

Copper tragó saliva: miraba aquellas aguas; allí había estado la barca con dos cadáveres... No quedaba ni rastro...

—No sé, Wells... No sé qué hacer.

Wells, rabioso, se golpeaba el pecho con el pulgar de la diestra diciendo:

—Pues yo sí lo sé. Me quedo. Pase lo que pase, me quedo. Soy un luchador, con poca fortuna hasta ahora... Pero se acabó; aquí está mi futuro, mi suerte... Usted haga lo que quiera. Por lo pronto, mis planes para esta noche consisten en apostarme en el acantilado, cerca de la zona donde dejamos los muñecos. Y el monstruo aparecerá; y veré lo que hace y dónde se mete... Tengo la esperanza de que no desaparezca en el agua; puede haber en el lago alguna gruta, orificio, lo que sea, que desconocemos, y puede utilizar como refugio... ¡Quiero verlo, espiarle, saber dónde se oculta!

Copper se humedeció los labios.

No respondía.

Wells gruñó:

—¿Y bien, Copper?

—Quisiera reflexionar...

—Nada hay que reflexionar. Si usted se marcha ahora, lo pierde todo. No olvidemos una cosa: la única propietaria del testimonio gráfico que poseemos es *miss* Darrell. Quizás accediera a un acuerdo con nosotros pero, no nos hagamos ilusiones de imbéciles: nunca nos cederá la exclusiva, porque eso no lo haría ni el más idiota de los mortales. Estoy seguro de que pese a su miedo, *miss* Darrell, querrá quedarse. Usted, si se marcha, lo hará con las manos vacías, Copper, ya lo sabe.

Copper asintió con movimiento de cabeza.

—Sí... eso es cierto... —musitó.

—¿Qué decide, entonces?

—Ya lo pensaré. Pero tengo miedo, Wells, lo confieso.

—Y yo. Pero se vence. Bien... creo que de momento el monstruo no va a aparecer por aquí. Debe estar cegado por las presas que le hemos colocado; esos cebos de paja y estacas... Vamos allá, Copper.

—Quisiera descansar un poco: es temprano aún, además.

—Está bien... Iremos a tomar un *whisky* y a trabajar.

—¿No está *miss* Darrell? —inquirió Wells, tras sorber un poco de *whisky*.

Jane Armstrong miró hacia las escaleras.

—Subió hace un buen rato —dijo—. Creo que está escribiendo algo. O eso dijo que iba a hacer.

—Ya...

Se oyeron rumores en las escaleras, y apareció Lorena: estaba un poco pálida, pero sus ojos mantenían una expresión normal, serena. Bajó, acercándose al grupo en que se encontraban todos los ocupantes de la casa.

Lorena consiguió una sonrisa, y dirigiéndose de modo especial a sus colegas, dijo:

—Intento esbozar el primer reportaje... Pero la verdad es que mis ideas son aún poco claras...

Wells rezongó:

—Puede agregar esto, *miss* Darrell: el monstruo se ha llevado la barca en que estaban los cadáveres de Trevor y Marlowe. Es decir... no creo que sea exacta la expresión de que se ha llevado; ha debido hundirla, y... debe ser carnívoro y muy voraz... Lamento lo ocurrido con esos dos cadáveres.

Lorena se mordía los labios.

Las Armstrong miraban con fijeza a Wells, quien se pasó una mano por su cabellera gris, como ahuyentando pensamientos que no le interesaban. En cuanto a Bannack, parecía bastante nervioso. Nadie le decía una palabra. ¿Para qué? Todos comprendían que Bannack estaba atormentado por lo que pudiera hacer aquella noche, si alguien cometía un descuido.

Copper realizó un movimiento entonces: escanciar más *whisky* en su vaso.

Wells le miró de soslayo.

—¿Piensa emborracharse, Copper? —inquirió.

—¿Y qué, si así fuese?

—No me sería útil. Ni a usted mismo, por supuesto.

—Váyase al diablo, Wells: déjeme en paz. No he decidido aún lo que voy a hacer. Y, por supuesto, si cualquiera de los que estamos aquí tuviera un mínimo de sentido común, estaríamos muy lejos, en un lugar sin monstruos, horrores, cadáveres... Si quiere, vaya solo al acantilado, Wells. No le acompaño.

Wells esbozó una sonrisa de desprecio se encogió luego de hombros, y dijo:

—Allá usted, Copper. Regresará con las manos vacías a su redacción. Por mí, como si quiere reventar.

Wells, furioso, dejó su vaso, y sin volver a despegar los labios

abandonó la casa.

Los demás, quedaron silenciosos. Copper, sin hacer caso a nadie, estudiando su miedo, pensando sobre lo que estaba ocurriendo, y que el mínimo grado de sensatez aconsejaba abandonar aquel paraje, seguía bebiendo, sin hacer caso a nadie, como si se encontrase a solas en la casa. Ni siquiera se daba cuenta de que los demás seguían su proceso mental.

Bebía demasiado: quizás Wells había estado en lo cierto al creer que Copper pensaba emborracharse.

Aún, no obstante, quedaba alguna lucidez en su mente, puesto que miró a Lorena, eso sí, los ojos turbios, y la lengua algo estropajosa.

—Bien... para ustedes la gloria, la fama, *miss Darrell* —dijo—. Yo no arriesgo la vida por ese... monstruo; no por el monstruo en sí, que ni siquiera vamos a poder exhibir como trofeo, ni me interesa en lo más mínimo; yo no me juego el cuello por un reportaje, por sensacional que sea. Siga mi consejo, y váyase de aquí. Yo... quizás lo haga esta misma noche...

—Pienso esperar el resultado de las trampas del señor Wells —musitó Lorena.

—Como quiera...

Volvió a beber.

Bannack, se puso en pie.

Miró a todos, y susurró:

—Por Dios, tengan cuidado... Conmigo, quiero decir... Yo...

Lorena le miró con piedad, sí, aquel pobre hombre le inspiraba piedad.

—No se torture, señor Bannack —dijo—. Tomaremos precauciones; esté tranquilo. Si se duerme obsesionado, puede ser peor.

—Lo sé, lo sé... ¿Pero cómo evitarlo?

Copper volvió a llenar su vasito de *whisky*; bebió, mirando alejarse al señor Bannack.

Rezongó luego:

—Solo faltaba el sonámbulo... Señoras, lamento causarles tan pésima impresión, pero es de locos continuar aquí, entre monstruos y sonámbulos peligrosos...

—Se le traba la lengua, señor Copper —dijo, seca, Caddie—. ¿No sería mejor que se decidiera de una vez a marcharse o quedarse? En este último caso, váyase a dormir.

Copper la miró con torpeza, con ojos irritados por el alcohol.

—No es mala idea, *miss Hendricks*... Y si decido ir a dormir unas horas, lo haré en el garaje, a solas... No quisiera tropezar con Bannack. Es un hombre fuerte, se lo aseguro, y...

—Ya basta —cortó Lorena—. Se está mostrando impertinente, Copper. Haga lo que guste, pero déjenos en paz. Es obvio que nadie va a moverse de aquí, por ahora.

Lorena se puso en pie.

Las Armstrong la interrogaban con la mirada.

—Bueno... iré a mi habitación —explicó Lorena.

—¿Me necesita? —inquirió Caddie.

—No, no; gracias... Ya pasó todo. Intentaré concentrarme en el principio de mi reportaje: el trabajo, para mí, es siempre un sedante; me absorbe. Yo amo mi profesión...

Y dirigiendo una mirada a Copper, en la que había cierto desprecio. Lorena echó a andar hacia las escaleras. Por su parte, las Armstrong no tardaron mucho en retirarse, dejando solo a Copper, cada vez más aficionado al ambarino *whisky*, más contradicciones en su mente, y más torpeza, por supuesto. Lo único que no le parecía mala idea era lo de ir a dormir al garaje. El monstruo no entendía de automóviles ni Bannack bajaría, sonámbulo, a estrangularle...

* * *

Las horas transcurrían con lentitud, pesadas, interminables, y, en definitiva, era solo algo más de medianoche.

Sobre el lago, brillaba una luna grande, blanca, como una cara amarga: se extendía un gran reflejo de plata por la superficie quieta de Keesus Lake.

Y allí, apostado entre las rocas, cansado por la tensión, por su vigilancia sin desmayo, siempre atento, sin perderse detalle... de aquella soledad, Wells empezaba a pensar que estaba fracasado; que por aquella noche perdía el tiempo. Ni rastro del monstruo.

Tan solo veía sus grotescos muñecos.

Quizás había puesto demasiado, y el monstruo tenía miedo de atacar, y estaba oculto.

Habría, quizás, que variar el plan; dejar un solo muñeco, bien visible, y, además, colocar alguna trampa para el bruto; una trampa que permitiera atraparle con vida; una red, por ejemplo... Si aquella noche no aparecía el monstruo, Wells pensaba ir a la mañana siguiente a Merton y adquirir una red; se las ingeniaría para que la red cayera sobre el anfibio en cuanto este atacara al muñeco.

Quizás era mejor así, menos problemático que vigilarle y seguirle hasta un hipotético refugio...

Decidido: si no se presentaba aquella noche, retiraría muñecos, que podían asustarle, y colocaría uno solo, y una trampa con red. Era importante atraparle con vida...

Recordó el caso de los ovnis. Él, por el contrario, y aunque en caso distinto, iba a mostrar lo que había capturado... Allá *miss* Darrell con sus fotografías, él iba a conseguir más, mucho más.

Y al cuerno con Copper.

Y allí estaba Wells, lleno de ideas que cruzaban veloces su mente: irritados ya los ojos de mirar siempre al mismo sitio, con intensidad.

Sobre unas rocas, al borde del acantilado; abajo, estaban tres de los muñecos, los otros, también de tres en tres, a no mucha distancia.

Las aguas del lago, quietas, apenas producían un rumor en su roce contra las rocas; un rumor monótono, que producía somnolencia.

Era algo casi hipnótico, algo parecido al oscilar de un péndulo, capaz de hipnotizar.

Wells, por lo pronto, si siquiera tenía noción exacta de sí mismo, concentrado por completo en su misión.

No oía pues, nada a su espalda: no veía nada.

Ni siquiera cuando una sombra quedó justo detrás suyo.

Recibió el feroz zarpazo en la nuca.

Fue un golpe tremendo que, en principio pareció aplastarle; sintió un agudísimo dolor, y a su mente llegó la comprensión... y la sorpresa.

Todo ello entre dolor. La sorpresa era relativa a la astucia del monstruo, que no se había dejado engañar por los muñecos. Y allí estaba, detrás suyo...

El segundo golpe hizo lanzar un grito de dolor a Wells, que ya tenía el cuello lleno de sangre, de profundos surcos...

Se revolvía, no obstante, era fuerte, enérgico... Tenía que luchar por su vida, aunque su nuca parecía estar tronchada.

No llegó a tiempo, sin embargo, puesto que el monstruo, entonces le empujó.

Fue un empujón oportuno, astuto.

Cuando en peor posición estaba Wells.

Y Wells, sin poder evitarlo, y tras bracear unos instantes, tratando de conservar el equilibrio, en el borde del acantilado, recibió el segundo empujón, y se precipitó acantilado abajo, al precipicio, al vacío. Luego, chocó contra unas rocas, de cabeza, y fue rodando, hasta quedar en el agua.

Desde arriba, podía verse su cuerpo.

Wells había quedado de bruces, y resultaba casi completamente visible. Tan solo sus piernas, hasta las rodillas, estaban hundidas en el agua, y parte de la cabeza, por lo visto, su estómago había quedado apoyado en una roca.

El monstruo se iba.

Sigiloso, rápido; una simple sombra...

No obstante, apenas segundos más tarde, tenía que detener su marcha, para mirar algo que se acercaba: un nuevo enemigo.

Alguien que caminaba cerca de allí.

El monstruo quiso correr hacia un lugar donde crecían árboles y

plantas, una especie de bosquecillo; inició la carrera, pero había que atravesar un claro.

Quedó en el lindero, como acorralado.

Se oía el resuello del monstruo.

Miraba con fijeza al nuevo enemigo que se acercaba.

Y... ¡qué extraño! El monstruo reía...

En efecto; reía, reía...

CAPÍTULO 7

EL señor Bannack mostraba su actitud de siempre; pasos pausados, su semblante calmo, aunque con cierta expresión más compungida de siempre; o quizás estaría mejor dicho atormentada.

Parecía insólito que el señor Bannack, a aquellas horas de la noche, hubiera decidido dar un paseo. No obstante, ello tenía su explicación. Una explicación muy lógica para el propio señor Bannack; no se atrevía a dormirse, y aparecer con un ataque de sonambulismo, con consecuencias imprevisibles.

Por tanto, decidió pasear, hacer algo.

Cualquier cosa, excepto dormir.

Recordó que el señor Wells estaba a solas en el acantilado y aunque vaciló bastante, optó al final, por ir a reunirse con él. Tendría que convencer al señor Wells de que no había nada que temer...

Joel Bannack, ya cerca del acantilado, se llevó una gran sorpresa.

Además, por espacio de un minuto, el miedo, el más hondo terror, le había atenazado.

¡Había visto al monstruo!

No solo lo había visto sino que, petrificado, asistió a la escena del crimen... Vio a aquella sombra lanzar su zarpa, y luego empujar al desdichado señor Wells. Y Bannack, quieto aún, lívido el semblante, que brilló a la súbita aparición del sudor, pudo ver a la sombra, al volverse esta.

Y el monstruo y el señor Bannack se vieron.

El monstruo, que corría hacia el bosquecillo, se había detenido, y reía.

Una risa sarcástica, silenciosa...

En cuanto al señor Bannack, recobró el movimiento, por fin. Su mente era, en verdad, un caos, mientras avanzaba hacia el monstruo, que seguía con una risa sarcástica, extraña, enloquecida.

—Señora Hendricks... —musitó Joel Bannack.

—¿Qué tal, sonámbulo? —sonó la voz, enronquecida de Jane Armstrong.

—Yo...

—No pensaré estrangularme, supongo... Un sonámbulo y un monstruo pueden ser buenos amigos. Hasta aliados... ¿Por qué no, querido señor Bannack? En realidad, he estado pensando mucho en usted, y si me decido voy a hacerle aparecer como culpable de todas estas muertes... ¿Qué le parece? Pero es estúpido hablar con alguien que a la mañana siguiente no va a recordar una palabra de lo que ha visto o ha hecho...

—Señora Hendricks...

—Es mejor que vuelva a la casa, Bannack —cortó Jane, con tono autoritario, el tono que utilizaría un hipnotizador—. Vuelva, métase en su cuarto, y duerma. Usted no es peligroso... Mañana no recordará nada, y, de momento, no quiero matarle. Ya le he dicho que pienso utilizarle.

El señor Bannack seguía sudoroso, mortalmente pálido.

Hasta parecía encogerse.

Jane achicó los enrojecidos ojos, y masculló.

—Obedezca. Vuelva a la casa. Espero que no esté pensando estrangularme... Mire... Mire mis manos...

Bannack, en verdad paralizado por el miedo, estaba contemplando las manos de Jane Armstrong. No... No era posible... Bannack aún se negaba a admitir la evidencia. Y tal era su expresión, que Jane volvió a dejar oír su risa breve, sarcástica, ronca.

—Mis garras pueden hacer mucho daño, usted lo sabe... Vaya a dormir, Bannack.

—Señora Hendricks... está equivocada...

—¿De veras, sonámbulo?

—Estoy bien despierto, no bajo los efectos de un ataque de sonambulismo... ¿Comprende lo que esto significa?

Jane Armstrong, que aún mostraba una sonrisa de ferocidad, dejó que sus labios se plegaran, se arrugaran, hasta formar una mueca horrenda.

Sus ojos estaban como clavados en las pupilas de aquel hombre, aterrado por su descubrimiento.

—¿Está... despierto, señor Bannack? —susurró Jane.

—Por completo.

—¿Entonces...?

Jane Armstrong movía los ojos de un modo raro; tal vez era la velocidad con que su cerebro estaba pensando.

—Está despierto, en vela, consciente... —susurró.

—Sí. Y he visto que descargaba la zarpa sobre el señor Wells, y luego le empujaba...

—Lo ha visto todo... ¿Sabe una cosa, señor Bannack? Usted es un ingenuo... Un pobre hombre. Lo siento por usted.

—¿Qué quiere decir?

—Ha debido callar... Ha debido fingir que estaba sonámbulo, y regresar a la casa... No ha debido decirme que ha descubierto la verdad. No... No ha debido hacerlo...

—Empiezo a sospechar que está loca, señora Hendricks...

Ella volvió a reír.

Resultaba escalofriante su risa.

—No lo crea —dijo—. Sé lo que hago, y por qué lo hago.

—Lo dudo. Es mejor que desista de su actitud, y...

—No se detenga, siga. ¿Y qué hago, luego?

—Bien... La policía, sus médicos. Yo contaría que su actitud es muy rara. En verdad, desde que coincidimos en la casa, adquirida por ambos, ambos estafados, me estoy preguntando por qué usted y su hija buscan esta soledad... Yo puedo explicarla satisfactoriamente; pero no usted... ¿O sí?

—Va a delatarme, señor Bannack... —susurró Jane, sin hacer el menor comentario a las anteriores palabras de aquel hombre.

—Compréndalo...

Jane vaciló sobre sí misma, entonces.

Sus ojos rodaban.

Quedaron en blanco, por fin, y, de súbito. Jane cayó al suelo, para rodar un poco, y quedar inmóvil, de bruces, sobre un montón de guijarros, ante la alarma del señor Bannack, que, en aquellos momentos, no sabía qué actitud adoptar.

Estaba quieto, mirando a aquella mujer, observando una de sus garras, la izquierda. Era espantosa.

No obstante, algo tenía que hacer... Lo que fuese. Quizás la señora Hendricks, el único monstruo del lago, hubiese muerto; quizás un ataque cardíaco... Algo parecido.

Se acercó a ella; vería cómo estaba.

Vaciló antes de tocarla.

Por fin, la zarandeó un poco, y llamó quedo:

—Señora Hendricks...

No había respuesta; el zarandeo, si bien leve, no surtió el menor efecto.

Para saber si vivía, el señor Bannack colocó su mano en el cuello de Jane. Sí, percibía latidos... Rapidísimos latidos; era extraño. Lógicamente, debía haberse producido un decrecimiento del ritmo cardíaco. Sin embargo, sus dedos percibían en el cuello de Jane como unos fuertes y rápidos golpes.

No entendía a qué era debido, pero pensó que debía avisar a los demás. A Nora, a miss Darrell, al señor Copper... Había que hacer algo por la señora Hendricks; debía estar loca.

Con un jadeo, sintiéndose envarado, el señor Bannack empezó a

erguirse.

Oyó un gemido, y volvió su atención a Jane.

—Señora Hendricks, ¿cómo se...?

Le vio el rostro.

Feroz, asesino, con los ojos achicados, emitiendo chispazos roncós.

Le vio aquella mueca espantosa. Y todo ello impidió que se percatara a tiempo del truco de Jane; un truco sencillo que había dado resultado con aquel hombre ingenuo. Jane, en realidad, había fingido el desvanecimiento.

Había caído de bruces, con la mano derecha bajo el cuerpo, sobre los guijarros, y así, con cuidado, mientras el desdichado Bannack se hallaba en apuros, ella pudo seleccionar su guijarro. Además, la sorpresa consiguiente. Eso fue lo principal, la sorpresa: Bannack no pudo impedir que el guijarro que empuñaba Jane con su extraña garra le cayese sobre la sien.

El hombre emitió un gemido, se tambaleó; estaba de rodillas frente a Jane.

Y ella, como si fuese un auténtico monstruo, lanzando unos apagados rugidos, utilizó aquellas mortíferas garras.

Los zarpazos, una y otra vez, caían sobre el cuello y el rostro de Bannack destrozándole, abriéndole profundos surcos... Cuando Jane se dio por satisfecha, con Bannack de espaldas al suelo, el rostro del hombre no era más que un horrendo amasijo en rojo, ni siquiera era posible distinguir sus ojos, sus facciones...

Muerto, con las venas seccionadas, lleno de surcos y orificios.

Jane se irguió.

Miró hacia el acantilado. Vaciló un poco, pero luego optó por realizar aquel esfuerzo.

Se inclinó junto a Bannack, le agarró por las axilas, y empezó a arrastrarle hacia el borde del acantilado.

Bannack, debió fingir un ataque de sonambulismo...

* * *

Antes de irse a dormir, y a pesar de que Lorena había dicho que no necesitaba nada, Caddie llamó a la puerta de su habitación.

Lorena, tras cerciorarse de que no había riesgo, había abierto la puerta, y dejó entrar a la espléndida morena. Caddie, de un vistazo, comprobó que Lorena se dedicaba, en efecto, a escribir algo, sentada en el taburete, y utilizando como escritorio el tocador de la habitación.

—Veo que todo está bien, *miss* Darrell —dijo Caddie.

Lorena esbozó una sonrisa, y respondió:

—Todo, excepto mi cerebro, Nora... Soy incapaz de hilvanar mis

ideas... —se pasó una mano por la frente.

—Comprendo.

—He pensado dejar pasar un poco todo lo ocurrido, lo que he visto y vivido...

—Quizás sería lo mejor.

Lorena miró a Caddie a los ojos, y dijo:

—Las admiro a ustedes, Nora; a usted y a su madre. Creo que yo, en su lugar, sin nada que ganar en este asunto, me habría apresurado a alejarme de aquí, en tanto ese monstruo merodea... La verdad es que temo por ustedes, y he pensado que no voy a demorar más el aviso de lo que sucede a las autoridades. Lo siento por el señor Wells, cuyo interés, que yo comprendo muy bien, es evidentísimo; pero no conviene ir demasiado lejos. Además, el señor Copper se ha desmoronado...

—Quizás mi madre y yo seamos un poco inconscientes, pero no nos afecta demasiado el asunto del monstruo. Es decir... yo sí he pensado irme, pero mi madre dice que aquí estamos bien.

—¿Piensan vivir aquí siempre? —inquirió Lorena.

—No lo sé. Depende de mi madre.

—Ya veo... Una mujer de carácter, ¿no es así?

—Sin duda, *miss* Darrell.

—Pero usted es joven y muy hermosa, Nora. Encerrarse aquí...

—¿Me está haciendo una entrevista? —inquirió Nora, con una leve sonrisa.

—La verdad es que ustedes son personas interesantes. No es corriente que afronten con esa serenidad lo que sucede. ¡Y viven con el peligroso señor Bannack! Es admirable o...

—O inconsciente, ya se lo dije.

—No quisiera molestarla, Nora.

—Ya lo sé. Bien... entonces, no necesita nada.

—No, muchas gracias.

—Buenas noches, *miss* Darrell.

—Hasta mañana, Nora.

Caddie abandonó aquel cuarto, y Lorena, de nuevo a solas, volvió a sentarse, tratando de escribir algo con sentido; la primera parte de un reportaje que debía acompañar las fotografías obtenidas.

No obstante, aquel silencio, aquella soledad, aquel aire sombrío de lo que la rodeaba, pesaba en exceso en su ánimo. Lo sensato sería, si Copper se iba, acompañarle, y ya una vez en su casa, en Milwaukee, lejos de aquel ambiente, escribir con calma, reflexionando sobre los hechos.

Era un reportaje importante. El monstruo, las muertes, aquellas dos mujeres un tanto extrañas, el señor Bannack...

Lorena dejó de escribir, se miró al espejo. Parecía somnolienta, tenía ojeras; la verdad es que estaba bastante cansada.

Y en aquellas condiciones era absurdo intentar conseguir algo legible, que llamara la atención.

Decidió, por tanto, meterse en la cama.

Sin vacilar.

Y diez minutos más tarde, apagaba la luz, estaba en el lecho, y el sueño acudía a ella.

No supo si por mucho o poco tiempo, ya que algo la despertó; fue un ruido indefinible, algo que le hizo abrir los ojos; y tras los primeros instantes de desconcierto su mirada quedó fija en el recuadro de la ventana que, en la pared que ella estaba mirando, parecía una pantalla de cine.

El monstruo...

¡Estaba allí!

Perfectamente recortado, se le reconocía la cabeza, la extraña forma de aquella cabeza...

¡Otra vez el monstruo en su ventana!

Realizaba unos raros movimientos oscilatorios, muy leves, como si estuviera buscando la forma de entrar... Se movía despacio, torpe, quizás, de un lado a otro.

Y Lorena, quieta, rígida, por el espanto, miraba hacia aquella especie de pantalla, donde tenía lugar la representación que le helaba la sangre en las venas. Ni siquiera se atrevía a volverse, y mirar hacia la ventana; vería algo más que la sombra; vería quizás unos ojos fosforescentes, un horrible rostro escamoso...

Tenía que salir de allí, tenía que huir de aquella habitación... Para el bruto, de momento, los cristales parecían una barrera infranqueable, pero podía descubrir lo contrario en aquel momento... Y recordó la horrible zarpa... su modo de matar.

Tenía que encontrar fuerzas, deslizarse del lecho, y correr hacia la puerta.

Pero, como hipnotizada, seguía mirando hacia la pared, donde se recortaba aquella sombra espantosa.

Entraría, entraría...

Lorena, atenazada por el terror, tomó la decisión de hacer algo; se trataba de su vida.

Fue deslizándose del lecho; despacio. No quería asustar ni alarmar a aquella bestia anfibia que iba en busca de su presa.

Pisó el suelo, descalza, mirando el recuadro; nada variaba. La bestia seguía realizando los mismos movimientos; como si no supiera hacer otra cosa; era lógico, dada su mente limitada... Pero si se decidía a dar el golpe y romper los cristales...

Lorena ni siquiera perdió el tiempo poniéndose la bata, de pronto, corrió hacia la puerta, tratando de abrir. Gimió. Olvidaba que había

echado el cerrojo, lo descorrió, y volvió a intentar abrir aquella puerta, pero sin conseguirlo.

No comprendía; empezó a forcejear...

Miró hacia el recuadro, y vio moverse con mayor rapidez aquella sombra. El monstruo se excitaba, y ella, estúpidamente no acertaba a abrir la puerta. Era absurdo...

Tiraba de la manilla, forcejeaba, era inútil... Empezó a gemir. Echó un vistazo hacia la ventana, sin poder contenerse, alterada por el más profundo terror, temiendo a cada instante oír el sonido de los cristales rotos. No obstante, al mirar hacia la ventana no vio nada... No estaba el monstruo.

Pero ella quería salir de allí, tenía que salir de allí...

¿Y si el señor Bannack, con un ataque de sonambulismo estuviera en el pasillo?

La idea le erizó el vello.

El monstruo en la ventana, y el señor Bannack en el pasillo.

¡Y aquella maldita puerta, que no cedía!

Todo era confusión, espanto, en la mente de Lorena, que miró de nuevo hacia el recuadro... ¡Y allí estaba el monstruo, más amenazador aun...!

Desesperada, con voz rota, ronca, Lorena empezó a gritar, mientras golpeaba la puerta:

—¡Nora...! ¡Nora, señora Hendricks! ¡Por favor...!

Mirando el recuadro, vio al monstruo muy excitado, al parecer; se movía con mayor rapidez.

Lorena lo intentó de nuevo.

No podía abrir, ¡no podía!

Quizás el propio señor Bannack la había encerrado... Y podía andar por allí, dispuesto a estrangular a quién cayera en sus manos.

—¡Noraaa...! ¡Señora Hendricks! —gritaba y golpeaba, como enloquecida, ya sin querer mirar hacia el recuadro de la ventana.

Esperaba oír en cualquier momento el destrozo de los cristales, y el monstruo saltaría al cuarto; aquella garra...

Era como si la sintiera ya en su cuello...

Como si notase aquellos brutales y mortíferos zarpazos.

—¡Nora, por favor...! ¡El monstruo está aquí!

Estalló en sollozos, su cuerpo estaba convulso, con fuertes estremecimientos, pegada a la puerta, con el rostro en la madera, arañándola, golpeándola... Entraría el monstruo; quizás el señor Bannack entraría... ¡Él debía tener la llave!

Volvió a gritar, a golpear, sollozante.

Miró el recuadro, y vio, aún más enorme, más extraña, la silueta del monstruo.

Y lo que parecía que iba a ser un estridente grito de Lorena, ya que su

boca estaba muy abierta, fue apenas un gemido, un poco de aire exhalado.

Cayó al suelo, de costado, quedando encogida, sin conocimiento.

En camión, al descubierto las bonitas piernas, con su mata de rubio cabello desparramada por el suelo.

* * *

La sombra se acercaba sin prisas a la casa.

Poco después, estaba cerca de uno de los árboles que proporcionaban un poco de sombra a la fachada; un árbol bastante alto, frondoso. La sombra se detuvo allí, y miró hacia lo alto del árbol.

—Caddie —llamó.

No tuvo que repetir la llamada.

Caddie Armstrong hizo su aparición, tras haberse removido unas ramas del árbol. La hermosa morena descendía por el tronco, sin dificultades. Sus piernas al descubierto brillaban, tersas, a la luz de la luna. Y abajo, quieta, mirándola, estaba Jane Armstrong.

Una vez Caddie tocó el suelo, su madre la interrogó con la mirada.

Caddie se estremeció; conocía a su madre, conocía aquella expresión, el fulgor de los ojos de Jane Armstrong.

—¿Ha ido bien? —preguntó Jane.

—Déjame preguntar a mí primero, mamá.

—Caddie...

—¿Qué has hecho? —musitó Caddie, sin hacer caso de la interrupción.

—Lo que debía hacer, y en paz.

—Vi salir al señor Bannack... ¿Tropezaste con él?

—Sí.

—¿Y... sufría un ataque de sonambulismo?

—No, y eso fue fatal... para él. Me vio hacer lo de Wells.

Caddie cerró los ojos un instante.

Estaba palidísima.

Luego, empezó a sacudir la cabeza, como empeñada en negar algo, y susurró:

—No debí ceder, mamá... ¡No debí hacerlo! Eres espantosa, una auténtica asesina... Estás enferma... Nadie quiere reconocerlo, pero estás enferma.

—¡No digas tonterías! —masculló, furiosa, Jane.

—No son tonterías... Es que, además, me aterra...

—Ya basta. ¿Y *miss* Darrell?

Caddie apretó los labios.

No parecía dispuesta a responder, pero Jane insistió:

—¿Hiciste lo que te dije?

—¡Sí! ¡Sí, sí, sí, lo hice! —estalló Caddie—. Eres horrenda. Tú y tus

sombras chinescas... y... y esas zarpas... ¿Es imprescindible que las lleves puestas ahora?

—Oh, por supuesto que no...

Con una sonrisa muy extraña, Jane Armstrong se quitó las garras postizas. En realidad, era algo bastante burdo, pero que la propia Jane de un modo bastante improvisado, además, había convertido en un arma terrible, eficacísima, como estaba demostrando.

Se trataba de un par de fuertes guantes, muy viejos, que le llegaban a Jane hasta casi los codos. A aquellos guantes, Jane solo había tenido que coserles unas docenas de clavos fuertes, grandes, viejos, llenos de óxido; clavos que, especialmente en la parte correspondiente a las uñas, estaban cosidos, asegurados, de modo que quedaran erectos, sin posibilidad de perderse...

Caddie miraba con horror aquellos guantes llenos de clavos.

—Dime, ¿y Lorena? —insistió Jane.

—¿Para qué hacerla sufrir tanto?

—Es otro estorbo.

—Está desvanecida ahora...

—Veo que hiciste las sombras chinescas como te dije. ¿Verdad que no ha sido difícil?

—No... Tú y tus habilidades...

—Por favor, Caddie, no toda la culpa es mía. Y tú has aprendido muy bien mis artes: la sangre es algo más que agua, ¿no?

—Está bien. ¿Y ahora?

—¿Dónde está Copper?

—En el garaje, borracho. Y supongo que bastante borracho y dormido, porque los gritos de *miss* Darrell eran muy audibles.

—Magnífico... —susurró Jane.

CAPÍTULO 8

LA tensión interior impide, a veces, que la borrachera llegue a extremos convenientes para quien intenta agarrarla. Más o menos, era el caso de Copper, que para dormirla, y sentirse protegido, se había metido en el garaje, en el «Buick», bien cómodo en los asientos, seguro de que iba a dejar descansar su cerebro. Podía ser un cobarde, un tipo que abandonaba su oportunidad, pero más que valientes, algunos son auténticos locos; caso Wells, por ejemplo.

El señor Copper, al principio, sí se sumió en un sopor casi agradable; pero su tensión inferior, su cerebro, se rebelaba.

No podía conciliar el sueño que él pretendía.

Demasiadas pesadillas.

Abrió los ojos en cierta ocasión, y se sintió demasiado despejado: un poco torpe de movimientos, pero bastante despejado. Mala suerte. Pensó, por unos instantes, volver a la casa, hacerse con una botella de *whisky*, y no soltarla hasta que le pesara demasiado en la mano.

No obstante, antes encendió un cigarrillo, y abrió la portezuela del auto, sentía demasiado calor allí dentro.

Y estaba fumando, dándole vueltas la cabeza, cuando creyó percibir gritos.

Gritos... fantasmas en su cerebro. ¿Quién iba a gritar?

Quiso desechar la idea, pero no se tranquilizaba; terminó el cigarrillo, y muy desasosegado abandonó el auto para moverse por el garaje. Estaba seguro de haber oído gritos... De mujer, además. Claro que las mujeres son unas histéricas. Pero...

Se sintió como un gusano. Lo menos que podía hacer era averiguar qué estaba ocurriendo. Podía ser cosa de Bannack, y a este no era difícil dominarle.

No acababa de decidirse, allí estaba a salvo, y los demás estaban locos por su constante desafío al monstruo y al sonámbulo.

Debía hacer algo... Los gritos habían cesado ya, y quizás el peligro había pasado.

Copper quería estar en paz consigo mismo, y decidió abandonar el garaje por una puerta lateral que dejaba un amplio vestíbulo de aquella casa. Atravesó el vestíbulo y se dirigió hacia las escaleras que conducían al piso.

El silencio era absoluto.

Quizás los gritos solo eran producto de una pesadilla...

No se oía el menor rumor; el ambiente era de absoluta calma.

Empezó a subir, no obstante.

Una vez en el pasillo, empezó a recorrerlo. Wells no estaba, la puerta de su habitación estaba entornada, y allí no había nadie. La puerta del cuarto de Bannack estaba cerrada, pero no había luz, ni se percibía movimiento.

Y allí, a solas, vacilante, Copper fue hacia el cuarto de las Hendricks. Llamó con los nudillos, con suavidad. Aquella era la habitación de Nora. Y no respondía nadie. Pasó a la señora Hendricks y, al llamar, observó que la puerta cedía, se abría. Pensó que podía ser una indiscreción mirar, pero era extraño que la señora Hendricks hubiese dejado la puerta abierta.

Echó un vistazo. Allí no había nadie.

Preocupado, el señor Copper volvió al cuarto de Nora y llamó con fuerza.

—Miss Hendricks... ¡Miss Hendricks!

No quiso intentar abrir.

Retrocedía hacia el cuarto de Lorena, cuando oyó un gemido.

Quedó quieto, escuchando. Sí, el gemido se repetía. Y provenía, precisamente, de la habitación de Lorena. Y fue cuando Copper se acercó, dándose cuenta al instante de que la llave del cuarto estaba fuera. Y echada. ¡Qué raro...! Tan solo los repetidos gemidos de Lorena, muy apagados, le impulsaron a girar la llave y abrir aquella puerta. No podía abrirla del todo, puesto que la hoja tropezaba con el cuerpo de Lorena, aún en el suelo.

Copper comprendió que un obstáculo impedía que la puerta se abriera del todo, y lo primero que hizo fue encender la luz.

—Miss Darrell...

—Es... es usted, señor Copper... —gimió Lorena.

—Diga: ¿qué ha ocurrido? Algo muy extraño está sucediendo aquí. No hay nadie en la casa... ¡Nadie! Es decir, estamos solos usted y yo, Bannack, no está, ni Wells, ni la señora Hendricks... Tan solo no me he atrevido a mirar en el cuarto de miss Hendricks...

—Solos aquí... El... monstruo... Otra vez en mi ventana, señor Copper. Y... y no podía salir de la habitación, no podía abrir la puerta... Me desmayé de pánico... El monstruo en la ventana, y yo sin poder salir... Y

quizás el señor Bannack al acecho, en el pasillo. Quizá no me cree, señor Copper, pero le aseguro...

—No sé qué ocurre, *miss Darrell*, pero... seamos personas sensatas: huyamos de aquí.

—¿Y si a mis gritos hubieran descubierto al monstruo y hubiesen salido a cazarle?

—Cabe. Es una buena posibilidad, pero... Yo... oí sus gritos ya hace rato.

—Para mí es intolerable...

—Podemos ir a Merton esta misma noche: son catorce millas, en auto quince minutos, a buen paso. Solo quince minutos nos separan de la tranquilidad.

Lorena miró con cierto recelo, entonces a Copper.

El hombre protestó:

—¿Qué está pensando? Le aseguro que no pienso arrebatarle la...

—Perdone. Creo que es lo mejor que podemos hacer. Tengo que vestirme, y...

—Sí, sí, hágalo. Dese prisa, *miss Darrell*. Yo, mientras, iré al garaje a preparar el auto. Saldremos dentro de unos minutos. Sinceramente, mi mayor felicidad en estos momentos es pensar que dentro de media hora voy a estar a salvo de esta pesadilla, en Merton, durmiendo en un hotel, con un puesto de policía al lado...

—Yo me estoy preguntando quién me encerró en el cuarto —musitó Lorena.

—Bueno... eso debió ser cosa de Bannack, para no repetir la escena de la noche anterior... Si de veras se siente ya bien, *miss Darrell*, la dejo, la aguardo en el garaje con el auto a punto. No tarde en vestirse.

—Cinco minutos, señor Copper.

Copper, entonces, salió del cuarto.

Miró a ambos lados del pasillo; no se sentía aún muy tranquilo. Le excitaba la idea de abandonar aquella casa, el maldito lago; dentro de media hora, a salvo... Le parecía haber vivido veinte años en un infierno, lo cual era absurdo, teniendo tan cerca la civilización... y la salvación. Por fortuna, *miss Darrell* ya se mostraba sensata, cuerda.

Puesto que no oía a nadie, ni veía a nadie, el señor Copper bajaba para dirigirse al garaje.

Mientras, en su habitación, Lorena estaba recogiendo sus cosas, metiéndolo todo en una pequeña maleta. Ya recogería la cámara a su debido tiempo; aquella cámara que estaba acechando muñecos, en espera de la aparición del monstruo; se llevaba las fotografías y los primeros apuntes.

Una vez cerrada la maleta, se quitó el camisón y empezó a vestirse.

También Lorena, pese a todo, sentía un gran alivio ante la idea de que

dentro de media hora estaría completamente a salvo.

* * *

Con ojos agrandados, Caddie estaba observando a su madre, que se ponía los horribles guantes de agudos y fuertes clavos en aquellos instantes.

Luego, Jane, con mirada de demente y tono mordaz, masculló:

—¿No vienes, Caddie?

—Quisiera estar a mil millas de aquí.

—Pronto. ¿Vienes o no?

Y echó a andar.

Caddie, tras vacilar visiblemente, optó por seguirla, la alcanzó, y juntas se dirigieron hacia el garaje, hacia la puerta principal de aquel anexo que, realmente, dejaba mucho que desear. Ya junto a la puerta, Jane musitó:

—Esta vez será distinto, Caddie. Todo lo he hecho yo, ¿comprendes? Nada ocurrirá, pero no temas que...

—No quiero oír hablar de eso.

Fue un corte seco.

Jane encogió los hombros, flacos pero fuertes.

Sin una palabra más, empezó a abrir la puerta del garaje, era algo muy sencillo. Ni siquiera importaba hacer un poco de ruido, porque allí dentro solo había un tipo que dormía una pesada borrachera. Así que Jane abrió la puerta y pasó al interior, haciendo una seña. Caddie entró detrás.

No era necesario encender la luz, puesto que la claridad que penetraba por la rendija de la puerta entreabierta era suficiente; se distinguían bien todos los contornos. Tanto, que Jane, con el rostro convulso, reluciente de ira los ojos, se volvía hacia Caddie, mascullando:

—Estúpida... Aquí no hay nadie... ¡Nadie!

Caddie miraba en torno, sin comprender, no había mucho que mirar, ya que, si bien la estancia era bastante grande, no había rincones aptos para ocultarse. Allí estaba el «Buick», con la portezuela abierta, y detrás se encontraba el vetusto «Austin» de Bannack.

Era todo.

—Debería estar... —susurró Caddie—. Bebió mucho, mamá.

Jane apretó los labios, sus garras, en las sombras, eran aterradoras.

Se mostró más serena al decir:

—Está bien. Eso solo hace cambiar un poco mis planes. Debía tener en cuenta que el señor Copper, con su miedo, sus preocupaciones, sus obsesiones, difícilmente podía emborracharse de modo total... Por lo demás, prescindiré del plan del monóxido de carbono para él. Le matará el monstruo.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió, sintiendo un intenso frío, Caddie.

—Ya te he dicho que cambian mis planes. Ese hombre, probablemente, esté en la casa. Quizás ha ido a buscar más *whisky*. Estoy segura de que regresará. Por tanto... ocúltate. Caddie. En el «Austin», si quieres, o sal al exterior. Déjame hacer a mí.

—¿No ha sido ya suficiente? Pudimos ahorrar todo esto, de habernos ido cuando llegó el señor Trevor...

—No pensé que habría de llegar tan lejos. De una vez, Caddie.

Hablaban en susurros.

Roncos susurros por parte de Jane Armstrong, que se estaba asegurando los guantes. Luego, empujó a su hija, puesto que se oían pasos. Caddie, asustada, entonces, corrió hacia el viejo «Austin» y se introdujo en él, quedando invisible de inmediato. A su vez, tampoco podía ver nada, por lo que perdió de vista a su madre. ¿Qué estaría haciendo? ¿Dónde se habría metido?

Pero no era momento de averiguaciones, puesto que los pasos se acercaban; provenían del vestíbulo. Y tan solo segundos más tarde, se abrió aquella puerta, y el señor Copper entraba en el garaje, dirigiéndose hacia el «Buick».

Nervioso por la bella perspectiva de su seguridad personal, el señor Copper no reparaba en nada.

Era muy fácil: girar la llave puesta en el contacto, salir de allí y esperar a *miss Darrell*. Minutos, tan solo minutos.

Sonó el motor, ya en marcha, y el señor Copper, por el espejo retrovisor, y de un modo fugaz, vio algo.

Algo que, de pronto, le dejó inmóvil, petrificado, quietó en el asiento como un muñeco palidísimo, con los ojos muy abiertos. Fue primero aquella garra... Y fue a gritar; era necesario gritar, o reventaba de terror.

No obstante, los guantes llenos de clavos, en especial los que hacían las veces de uñas, actuaron; fue un salvaje zarpazo, que se le llevó la piel de medio rostro, y parte de los labios. A continuación, un segundo golpe, en la nuca, con rotura de nervios y tendones; y en el cuello varios zarpazos.

El señor Copper ni siquiera llegó a gritar, cayó de cara sobre el volante, muerto, destrozado, llenándolo todo de sangre.

Y fue precisamente el choque que produjo al caer contra el volante lo que hizo que Caddie se moviera, procurando ver algo.

Tuvo que cerrar los ojos.

Había visto una alucinación más...

No... Lo horrible era que no se trataba de alucinaciones, era real, aquella facilidad de su madre para matar... Y allí estaba, detrás del cadáver, los clavos y los guantes brillaban, llenos de sangre... Y se oía la risa sarcástica, maligna, enloquecida, de aquella mujer.

Caddie se sintió al borde del desmayo, pero hizo acopio de fuerzas para abandonar el «Austin» y correr hacia el «Buick» situado delante. Y allí

recibió la mirada enrojecida de su madre, que se estaba quitando los guantes en aquellos momentos.

Caddie echó un vistazo al cadáver de Copper y luego, bruscamente, se volvió de espaldas.

—No puedo más, mamá... —susurró, con voz muy ronca.

—Era necesario. Estamos llegando al final... ¡Fueron ellos, con su llegada, quienes complicaron las cosas, y no yo! ¿Lo entiendes? Es una estupidez eso del monstruo... ¡No existe monstruo alguno! Y aquí no hacían más que llegar fotografías, dos de los cuales nos habían reconocido... ¡Ellos se lo han buscado! Y no perdamos tiempo, queda algo que hacer.

Antes de apearse del «Buick», Jane, que había esperado a Copper en los asientos traseros, apagó el contacto, y el ruido del motor cesó. El silencio aún resultaba más impresionante. Jane salió del auto y dejó los guantes a un lado.

—Ya sabes —dijo— que mi intención era aprovechar la borrachera de Copper para colocarle los guantes, sacarle del auto y dejarle en un rincón, con el motor encendido, de modo que en menos de dos horas el monóxido de carbono habría acabado con él. Por consiguiente, se podría creer, al verle con esas garras, que se había suicidado tras su locura. Pero... como te dije, hay cambio de planes. Será *miss* Darrell la que cargue con ese papel de asesina enloquecida.

—Estás hablando de asesinos enloquecidos, y esa eres tú, mamá... —susurró Caddie.

—No digas tonterías. Yo estoy salvando la situación, nada más que eso. Hay que ocuparse de *miss* Darrell, ahora.

—¿Cómo?

—Yo me ocupo de todo. Ni siquiera debes molestarte en pensar. Por lo pronto... Espera.

Se oían pasos, taconeos...

Las dos mujeres se miraron.

Jane hizo un gesto, y su hija tuvo que seguirla hasta la puerta principal del garaje; ambas salieron, quedando expuestas a la humedad exterior, al fresco de las dos de la madrugada, que a Caddie, por cierto, le sentaba muy bien, le refrescaba.

—Es ella... *miss* Darrell —susurró Jane—. Por lo visto, ambos iban a huir juntos...

—Verá el cadáver, los guantes. Verá lo...

—Cállate.

En aquellos instantes, se encendía la luz del garaje. Lorena no entendía por qué no lo había hecho el señor Copper que le estaría esperando en el auto.

Un poco extrañada se acercó. Miraba más hacia la puerta del garaje

que hacia el «Buick» por lo que aún tardó unos segundos en descubrir aquel ensangrentado cadáver, caído sobre el volante; la sangre aún manaba, roja, caliente, espesa...

El grito de espanto de Lorena resonó en todo el ámbito; retrocedió unos pasos, hasta quedar de espaldas a la pared, manchada de grasa.

Sus ojos giraban.

Sollozaba, estremecida. Y en el giro de ojos, vio aquellos guantes, aquellas falsas zarpas, llenas de clavos... aún rojos, aún goteantes, con los fuertes y toscos clavos llenos de sangre... Allí, sobre el auto...

Un aflautado grito de desmayo brotó de la garganta de Lorena, que cayó al suelo, perdiendo el conocimiento.

Instante más tarde, tras haberse cerciorado de que Lorena estaba inconsciente, las Armstrong penetraban en el garaje.

Quedaron quietas, junto al cuerpo de Lorena, mirándola.

—Bueno... esto facilita las cosas, Caddie —musitó Jane.

—No lo veo así. No es...

—Yo sé lo que vamos a hacer. Por lo pronto, ayúdame. Vamos a trasladarla al salón de la casa.

—¿Para qué?

—Quiero tomar mis medidas de seguridad.

—Podrías encerrarla ahora aquí, abrir el...

—No, no... Despertará pronto. Quiero hacer las cosas a mi manera, Caddie, ayúdame.

Caddie se sintió sin fuerzas para protestar. Miró el cuerpo de Copper, los horribles guantes, a la desvanecida Lorena... Era un pensamiento torturador, pero a veces Caddie no podía evitar la idea de que la señora Armstrong incluso podía matarla a ella... Para Jane Armstrong lo importante era matar... Matar, matar, matar...

—¿Qué esperas? —se oyó la voz áspera de Jane.

Caddie tenía que colaborar.

Entre ambas manos sacaban del garaje el cuerpo de la joven Lorena.

Era tarea sencilla. Lorena no pesaba demasiado.

CAPÍTULO 9

EL silencio era total. Lorena, ya consciente, no se atrevía a abrir los ojos, prefería morir sin ver nada... A su mente, de un modo brutal, llegó la visión del cuerpo del señor Copper, allí, en el auto. Y... ¡qué extraño! Aquellos guantes, las zarpas... Ella creía reconocerlas... Las del monstruo... ¿Postizas? ¿Un monstruo con garras postizas?

Gimió, muy aturdida, asustada.

De súbito, se sintió mejor, bastante mejor, al oír aquella voz, muy cercana:

—¿Se siente mejor, *miss* Darrell?

Abrió los ojos.

Miraba, sorprendida, aliviada, a las Armstrong, que estaban junto a ella, es decir, frente a ella. Miró a su entorno un instante, descubriendo que estaba en el salón, cómodamente echada en un sofá... Y la señora Hendricks, siempre tan amable, traía en sus manos una taza de café aromático, humeante.

—Tome un poco de café; acabo de prepararlo. La encontramos en el garaje, *miss* Darrell. Y... también al pobre señor Copper. Es extraño... Mientras nosotras buscábamos al monstruo por un lado, aparece por otro... Tome el café, lo necesita, *miss* Darrell.

Lorena, de momento, no se sintió con fuerzas para pensar y contradecir, en cierto modo, a la señora Hendricks. Por lo demás, era verdad que estaba necesitando aquel estimulante café. Por tanto, sin despegar aún los labios, tomó la taza, y fue sorbiendo la infusión; aquel calor por dentro era maravilloso... Todo parecía en calma; debía estar a salvo.

—Yo... quería irme de aquí —musitó Lorena—. Con el señor Copper. Mi equipaje... Es decir, la pequeña maleta, y...

—Lo siento, *miss* Darrell, pero no podrá salir de esta casa —cortó Jane.

—No entiendo...

—Es fácil. Usted es el monstruo. Usted ha matado a Trevor, a Marlowe, a Wells, a Bannack a Copper, a mi hija y a mí, por fin, acabará con todo, con su locura incluida, suicidándose en el garaje, con monóxido de carbono. Eso es... lo que usted va a hacer.

—Señora Hendricks... ¿qué... qué...?

—¿No lo entiende aún?

—No... Dios mío, no... ¿Qué pretenden? ¿Qué significa esto?

Se oyó la risa estremecedora de Jane.

—Caddie, haz una demostración de sombras chinescas a *miss Darrell*; quizás de ese modo vaya empezando a comprender.

—Haz tú esa demostración. Acabemos de una vez, mamá.

—No tan rápido. El somnífero del café aún ha de hacer efecto. Los párpados de *miss Darrell* no tardarán en cerrarse, vencida por el sueño. Y... le preparamos una dulce muerte, *miss Darrell*. No se enterará de nada, no sufrirá. La dejaremos dormida en el garaje, y morirá intoxicada. Tardará un par de horas; cuando se haya saturado de monóxido de carbono la atmósfera del garaje. Bien... por lo demás, podemos ahorrarnos la demostración de sombras chinescas, en las que tanto Caddie como yo somos expertas...

—¿Caddie? —susurró Lorena.

Jane volvió a reír.

—Oh, sí... ¡Qué historia tenían ustedes a mano! Nos presentamos: Jane y Caddie Armstrong. A usted, como periodista, ¿qué le dicen esos nombres?

Los ojos de Lorena se redondearon.

Era asombroso, incredulidad, una sorpresa sin límites. Incluso se borró de su mirada el incipiente pánico de momentos antes.

—No es posible... —susurró—. ¿Ustedes...?

—Nos tiene delante, no dude —sonrió Jane.

—Pero... bien, comprendo ya algunas cosas...

—Lo celebro.

—Usted, Jane, fue condenada a treinta años por asesinato... —musitó Lorena—. Y... Caddie, por complicidad, a quince años. Ustedes debían estar en la Penitenciaría de Hammond, Illinois... Una cárcel de mujeres... Oh, sí, claro el motín... Ustedes dos provocaron un motín sangriento en la penitenciaría... Quizás a usted, Jane, debieron encerrarla en un centro psiquiátrico, en lugar de en una cárcel corriente. Ese motín costó varias vidas... Levantaron a todas las mujeres, cobraron rehenes, que asesinaron una vez fuera de la prisión... Con saña, con maldad, con deseos de venganza... Ustedes están buscadas por todo el país...

—Bueno, ha sido una síntesis aceptable de lo que somos y hemos hecho, *miss Darrell* —dijo Jane.

—Y las he tenido delante de mí...

—Con grave riesgo para nosotras. ¿Sabe por qué murió Trevor?

Lorena cerró un instante los ojos.

—No fue el monstruo claro... —susurró—. Ni siquiera debe existir. No existe, claro... qué estupidez pensarlo, una vez se ven las cosas. El monstruo es usted, Jane. Además, vi las garras falsas, postizas... Usted asesinó al señor Trevor.

—Nos hubiese identificado de un momento a otro. Con la muerte del señor Trevor, creí que quedábamos a salvo, que podríamos seguir ocultas aquí, sin despertar sospechas. Pero... lo del monstruo adquirió demasiados vuelos; empezó a llegar demasiada gente. Usted, Wells, Copper, Marlowe... ¿Sabe una cosa? Marlowe nos identificó. Trató de presionar sobre Caddie para que le robara a usted las fotografías, y todo lo que los demás fuesen obteniendo. Era un cerdo. Además, quería otras cosas de Caddie. ¿No merecía la muerte?

Lorena veía un auténtico monstruo en aquella mujer.

—¿Está tratando de justificarse? —susurró Lorena.

—No es eso... Me defendía, tan solo. A Trevor le puse un somnífero en el termo... Y fue tan fácil; cuando llegué junto a él, con mis garras fabricadas apresuradamente, el pobre Trevor estaba dormitando; no podía vencer el sueño, le cargué la dosis al máximo... No tuve más que golpear... golpear... A Marlowe le seguí cuando salió de aquí, tras haber hablado con Caddie, muy satisfecho de sí mismo.

—Ha enloquecido matando, Jane...

—Ha sido una cadena... Hubiese preferido evitarlo. Yo quería estar aquí oculta una temporada, pero... ¡Llegaron todos ustedes! ¿Cómo evitar esa cadena? Cada vez se complicaban más las cosas... Lo único que me favorecía era la credulidad de ustedes... Usted vino muy bien a mis propósitos, *miss* Darrell: por haber fotografiado la zarpa, que dejaba como cierta la existencia de ese monstruo... Luego, desde el árbol que puede verse desde la ventana, me dediqué a ofrecerle una sesión de sombras chinescas, que acabaron por convencerla... Las de esta noche, así como encerrarla en su cuarto, han sido cosas de Caddie... por orden mía, es obvio. Yo tenía que hacer cosas; matar a Wells, por ejemplo.

Lorena ya empezaba a sentir cierta pesadez.

El somnífero.

La idea, el pánico, la hizo empezar a sudar.

—Y usted... usted matando... para que un puñado de reporteros no descubrieran el paradero de las Armstrong... Era... era, sí, un buen reportaje... Más verosímil incluso que el del monstruo, y con mayor fuerza para el público... Aún se habla mucho del sangriento motín que... que provocaron en la cárcel.

—Y se hablará largo tiempo. Comprenda; no íbamos a permitir que por causa de un monstruo inexistente, producto de cualquier fábula idiota, la

policía cayera sobre nosotras. En sus reportajes, habrían hablado de esta casa, de nosotras, habríamos sido fotografiadas... No podía ser, *miss* Darrell. No podíamos hacernos daño nosotras mismas.

—Pero... ¿se dan cuenta? —susurró, más espesa por momentos, Lorena—. En la cárcel, durante el motín murieron cuatro personas... Y aquí han asesinado a unos hombres que... ¿Y el señor Bannack? —inquirió de pronto.

—Cometió un error. Tuvo que pagar. Me vio asesinar a Wells.

—No... no puede hablar con tanta frialdad de todo esto, Jane. ¿Cómo es posible?

—Ya está hecho. Y se trata de mi vida, y la de Caddie.

—Pudieron marcharse.

—¿Por qué no se fueron ustedes? —aulló, furiosa, encendida la mirada, Jane—. Yo estaba aquí, compartiendo la casa con un sonámbulo, en un lugar discreto, sin querer hacer daño a nadie... Solo esperaba el invierno para intentar pasar al Canadá, y esfumarme para siempre... ¡Pero tuvieron que llegar un puñado de periodistas y fotógrafos! ¡Después de la policía, mis peores enemigos! ¡Pues ninguno de ustedes podrá delatar a las Armstrong! ¡Ninguno de ustedes! Vinieron a turbar nuestra calma, un principio de paz... Nosotras no podíamos estar en la cárcel... Toda la vida allí. Yo provoqué el motín para vivir lejos, libre; no para verme asediada por un puñado de crédulos y estúpidos reporteros.

Lorena cerró los ojos.

Los abrió de inmediato; si los tenía cerrados cinco segundos no podría abrirlos, sumida en el sopor del somnífero.

—Usted, sus crímenes, su monstruo, las sombras chinescas... Sí, ya recuerdo... Sé la historia... Ustedes son de Hong Kong...

—Yo de padres desconocidos —dijo Jane, duramente.

—Bien...

—En Hong Kong, es cierto, yo aprendí toda clase de habilidades con esas sombras, y muchas cosas más, que me permitían ganarme la vida, y criar a mi hija... La enseñé, la llevé siempre conmigo; era lo único que tenía en la vida que valía la pena... Cuando provoqué el motín en la penitenciaría, pensaba más en ella que en mí... Tuve que empujarla. Caddie no es tan... decidida, fuerte, monstruosa, digámoslo todo, como yo... Ella es una pobre chica que me ayudaba en mis «shows» por pueblos. Una chica hermosa, asediada por toda clase de granujas, de puercos, de aprovechados... ¿Por qué cree que nos condenaron a esas penas en la penitenciaría?

—Por doble asesinato, lo sabe todo el mundo...

—Sí, claro... —la furia parecía barrer la humanidad en la expresión de Jane—. ¡Qué sencillo! Doble asesinato... Con saña, además. Yo no sé matar de otra manera.

—Señora Armstrong, la Ley se hubiese ocupado de...

—¡De nada! Usted es demasiado joven, *miss* Darrell. Usted ignora muchas de las cosas que ocurren en este maldito país, solo apto para los fuertes... Y lo peor del caso es que puede ser un fuerte cualquiera... caciquillo de pueblo, cualquier gusano al que han concedido cierta autoridad, y solo piensa en explotarla en su propio beneficio, obteniendo lo que pretende como sea.

—Está exagerando. Hay unas leyes...

—¡Para los demás! No para dos mujeres solas, que intentaban ganarse la vida con su trabajo. A Caddie la querían para algo más... Entre el empresario del club donde realizábamos el «show», el alcalde de aquel miserable pueblo, y el comisario, tenían sus planes para Caddie. Oh... recuerdo con infinito coraje, con rabia, que el comisario quedó con vida... Murieron el empresario y el alcalde... ¡Qué gran pérdida!

De pronto, Jane se echó a reír, como si sus horrendos recuerdos le produjeran alguna alegría.

—El cerdo del alcalde fue el primero en caer... Me hubiese gustado tener testigos de cómo cayó en mi trampa... —susurró Jane—. Y, era yo, quien estaba en el cuarto de Caddie, donde el tipo quería entrar. Yo, con mis sombras chinescas, con la puerta solo entornada, para que el tipo viese esas sombras, esos maravillosos juegos... Yo, con las manos, y a veces algún aditamento, puedo dibujar en la pared cualquier cosa... Y todo le indicaba al maldito que una mujer, allí dentro, estaba practicando una especie de «strip-tease»... Cuando entró, la sog a le rodeó el cuello. Y allí solo estaba yo, empujando la cama de ruedas, con lo que la sog a izaba a la presa; allí; estrangulándole, ahorcándole...

—Mamá... vámonos de una vez. No empieces a explicarle tus hazañas en Hong Kong... No me horrorices más. Yo, a tu lado, no he visto más que sangre, muertes, tus ojos enrojecidos, con mirada de asesina demente.

Con un brusco movimiento. Jane miró a su hija; parecía querer fulminarla con la mirada. Parecía existir entre ambas un desafío.

Y Lorena, en aquellos momentos, intuyó su oportunidad. Le bastaba con mantener los ojos abiertos, como hasta el momento, y correr, correr más que ellas.

Se puso en pie de un salto, sin pensarlo más, y empezó a correr.

Se sentía muy envarada; creía que no avanzaba lo suficiente, lastrada por un peso interno.

No obstante, su reacción sorprendió a aquellas dos mujeres, y cuando Lorena empezó a oír los estridentes gritos de Jane, dando órdenes, la joven ya estaba en el vestíbulo, corriendo hacia el garaje, hacia la puerta lateral que comunicaba con el edificio.

Entró, empujando la puerta.

Corrió hacia el auto; lo que debía hacer a continuación era más que

difícil para ella, pero era necesario, si vacilaba, si sus escrúpulos eran más fuertes que ella, estaba irremisiblemente perdida.

El coche que estaba enfilado hacia la salida era el «Buick», y en su interior, caído sobre el volante, seguía el señor Copper. Pero Lorena no podía vacilar. Tenía que hacerlo.

Cerró los ojos para empujar con todas sus fuerzas el cadáver de Copper; tuvo que empujar un par de veces, hasta desplazar el cadáver, y ella podía ocupar el puesto frente al volante, cerrando la puerta, y encendiendo el motor, sus manos, entonces, se aferraron al volante, lleno de sangre; notó los dedos pegajosos, húmedos. La invadió una especie de mareo, entre el terror y el sueño, pero tenía en sus manos la posibilidad de fuga.

Era cuestión de introducir la marcha, y apretar el acelerador, solo eso.

Tenía que vencer sus náuseas, el pánico, el sueño... por más que parecía despejarse un poco, a causa de la tensión.

Apretó por fin el acelerador, cuando entraba en el garaje.

El «Buick», pesado, grande, fuerte, se lanzó contra la puerta del garaje, solo entornada, por lo cual para el poderoso auto fue muy fácil abrirse camino. Y a oscuras, Lorena ni siquiera había pensado en las luces.

A oscuras, como un bólido negro, el auto atravesó el marco, desgajó la puerta, y el morro asomó al exterior.

Lorena gritó, desesperada.

Aquella sombra había aparecido de pronto ante ella. No pudo evitarlo... ¡No pudo!

Caddie había querido entrar por la puerta principal, creyendo que Lorena no habría tenido tiempo de meterse en el auto y ponerlo en marcha. Y allí apareció ante el rugiente morro del auto cuyo volante estaba en manos de Lorena.

Imposible frenar, girar; imposible una maniobra que evitara el choque.

Y lo que trascendió en la noche, a altas horas de la madrugada, fue el espeluznante grito de dolor de Caddie; empezó con un alarido de miedo, de alarma; luego, fue dolor... Luego, nada. Luego, desapareció de la vista de Lorena, la cual, llena de horror, no sabía qué hacer, pero quizás por puro reflejo su pie derecho estaba presionando el pedal del gas, por lo que el «Buick», tras haber aplastado algo, seguía su marcha.

A oscuras.

Lorena, en un momento de lucidez, entendió que iba directa al lago.

Utilizó la ensangrentada mano izquierda para encender las luces, y poder dirigirse en línea recta hacia el camino del sur que, bordeando el lago, la conduciría a Merton.

Ni siquiera miró hacia atrás. Jane, sin duda, estaría atendiendo a Caddie... Pobre Caddie; ella, Lorena, la había matado, quizás...

La joven sollozando, desmayada casi, invadida por el terror y un sueño

extraño, que no llegaba a profundizar en su cerebro, que se rebelaba a aletargarse, conducía a una velocidad suicida, con peligrosas maniobras, dado que conocía mal el camino, y había muchas curvas; curvas bajo las cuales se veía el lago, sus aguas quietas, refulgentes bajo la luz de la luna, que parecía ir alejándose.

La idea de que empezaba a estar a salvo hizo que se diera más cuenta de algunos detalles; llevaba al muerto junto a ella... Sus manos se pegaban al volante a causa de la sangre.

Tenía que moderar la velocidad, o se estrellaría.

CAPÍTULO 10

AL volante del «Austin», Jane Armstrong parecía una fiera atacada por la rabia; sus ojos resaltaban de horror, con aquel tono rojo en lo que debía ser un blanco nítido. Tenía la boca arrugada, plegada, en una mueca de crueldad, algo inhumano distendía sus facciones, la convertía en un auténtico monstruo.

De Caddie solo sabía que estaba en el suelo, atropellada; la había visto agitarse, por lo cual dedujo que no estaba muerta.

Y debía darse prisa, atrapar a Lorena Darrell.

Tenía que culminar su plan. Lorena tenía que aparecer como culpable de todo.

Tenía que alcanzarla.

Mientras, delante, Lorena cada vez sentía menos seguridad en sí misma, en sus fuerzas.

Aquellas luces largas del «Austin» la deslumbraban de continuo, a excepción de los momentos en que tomaba una curva; eran unos segundos de alivio, pero luego volvió el deslumbramiento, apenas veía el camino.

Curvas, curvas... Peligro. Abajo, el lago...

El muerto, en los vaivenes, a veces se metía entre sus pies y chillando, con lágrimas en los ojos que aún perturbaban más su visión, tenía que apartarlo como fuese.

El «Austin» iba ganando terreno.

Lo tendría encima en cuestión de un par de minutos, si Jane no se estrellaba antes... o la propia Lorena.

De súbito, la sangre de Lorena pareció congelarse, al notar algo extraño en el motor.

No funcionaba bien...

Estaba deslizándose por una bajada en aquellos momentos, pero a saltos. Quizás había pinchado, le costaba mantener la dirección... Se decantaba hacia la derecha, hacia el lago... Además, tras una fugaz mirada

a los indicadores, descubrió que estaba sin gasolina; pinchado y sin gasolina, y venía una cerrada curva.

Era el final.

Lorena, sollozando, sintió desfallecimiento; iba a abandonarse a su suerte, no podía luchar.

En aquellos momentos, tomaba la curva. El «Austin» no la deslumbraba...

Tras la curva, una pendiente considerable.

Y allí se detuvo el coche, casi sin que interviniera Lorena, la cual, metida en aquella cabina, con el muerto al lado, y un auténtico monstruo detrás, no sabía qué hacer.

Fue el instinto de conservación.

Simplemente saltar del coche, y correr; correr hacia la izquierda, donde había bosque y montaña... y probablemente algún lobo, alguna alimaña...

Lo hizo, no obstante.

Abrió la portezuela, y cruzó el irregular caminó, en dirección al bosque, en unos segundos, estuvo entre matas y árboles.

Jadeaba, sentía una tremenda presión en el pecho.

No podía evitarlo; miró hacia el «Austin», que tomaba la curva en aquellos momentos.

Y allá iba Jane Armstrong.

Enloquecida, pendiente solo de alcanzar a Lorena.

Las luces largas bien pronto descubrieron el obstáculo; el coche detenido en la curva, pegado a la cuneta, algo cruzado... Un obstáculo insalvable.

Por supuesto que Jane Armstrong, gritando, enloquecida, trató de frenar.

Fue peor.

Su auto derrapó, y fue a estrellarse, con tremenda violencia, contra la parte trasera del «Buick», que saltó hacia adelante, abollado, con un estruendo espantoso.

Lo peor, de todos modos, fue lo que siguió; algo que Lorena vio con absoluta claridad, incluido el rostro de Jane, gris en las sombras, muy abierta la boca, saltones los ojos.

El «Austin», que ya derrapaba, al chocar contra el enorme «Buick» no pudo seguir en aquella calzada; se decantó hacia la derecha; no valían freno ni dirección, el coche conducido por Jane Armstrong pareció lanzarse voluntariamente hacia la derecha, hacia el lago...

En efecto, desaparecía de la vista de Lorena, tragado por las sombras.

Lorena, desde la cuneta opuesta, dilatadas las pupilas, con un espantoso zumbido en las sienes, oyó, solo segundos más tarde, un fuerte chapoteo en el lago.

Gritando, corrió hacia la cuneta que daba al lago, y trató de ver algo.

Lo único que vio fue el agua, la superficie, un poco agitada, y grandes ondas concéntricas, enormes ondas, que se extendían de continuo, marcando un centro; infalible, allí había caído el auto, con Jane dentro.

Mareada, Lorena, al borde del lago, estuvo a punto de caer desvanecida, pudo retroceder un paso.

Solo un paso.

Luego, quedaba como fulminada, casi junto a la rueda posterior derecha del destrozado «Buick».

* * *

Una luz en su rostro.

Creyó oír una voz masculina, rezongando:

—Parece que está mal, Oscar.

—No se la ve herida... Esa sangre no es suya; ya le he mirado las manos y no tiene ni un rasguño. Demonios... tú viste lo mismo que yo, ¿no es así?

—Supongo que sí... Dos coches conducidos por locos... Y ahora solo hay uno en la cuneta, destrozado, y ni rastro del otro. No hace falta ser muy listo para comprender lo ocurrido, ¿eh?

Oscar y Bart Wyman miraron hacia el lago.

Bart Wyman era el que con su linterna alumbraba al rostro de Lorena.

Allí, cerca, arrimado el máximo a la cuneta del bosque, estaba el largo auto policial.

—Hay que reanimarla...

—Espera, se recupera...

Oscar la zarandeó un poco, con suavidad.

—Reaccione... ¿Cómo está? ¿Qué ha ocurrido?

Oscar retiró un poco la linterna, y Lorena pudo abrir los ojos, ojos llenos de espanto, con sombras negras, aleteos de terror... Abrió mucho la boca, pero solo gemía; unos gemidos hondos, de angustia... Por supuesto, su cerebro retenía algo, tenía cierta lucidez... La suficiente para distinguir las placas correspondientes sobre la camisa de aquellos dos hombres...

—¿Qué ocurrió con el otro auto? —inquirió Bart Wyman.

Lorena empezó a erguirse; parecía no tener fuerzas.

Entre los dos hombres la dejaron sentada en el suelo; entre hojarasca húmeda.

Lorena, hierática, miraba hacia el lago.

—Te lo dije, Bart —gruñó Oscar—. Se fue al lago. Ahora, quisiera que esta joven me explicara el motivo de esa suicida carrera, cosa de auténticos locos. ¿Se siente con fuerzas, *miss*...?

—Vaya... vaya a... a la casa del lago... La... la he matado... —sollozaba

entrecortadamente Lorena—. L... la atropellé... No la vi... ¡No podía verla! Hay... hay muchos muertos...

Los dos policías cambiaron una mirada.

—Debe estar delirando —rezongó Bart Wyman—. Veamos, díganos su nombre.

—Lorena Darrell... Estoy... estoy mejor... Es cierto lo que digo... Jane cayó al lago con el «Austin».

—Bien... ¿Y a quién ha matado usted?

—A Caddie... Caddie Armstrong... No la vi, y...

Oscar frunció el ceño.

—¿Jane y Caddie Armstrong? —rezongó—. Mira, Bart, creo que deberíamos hacer una cosa. Cargamos a la muchacha en el auto, y vamos a la casa del lago. Puede que esté delirando, pero... No sé... hay que averiguar lo que haya de verdad en todo esto...

—Hay... otro muerto en el «Buick» —casi sollozó Lorena.

—Compruébalo —ordenó Oscar a Bart Wyman.

Bart fue hacia el «Buick», linterna en mano. Instantes más tarde, el potente foco descubría, en el fondo de los asientos delanteros el cadáver de un hombre. Bart vaciló un poco, pero luego trató de verle el rostro, por lo que movió ligeramente el cadáver.

Un brote de sudor apareció en el rostro del policía, al mismo tiempo que, inevitablemente, experimentaba un movimiento de retroceso, al ver aquellos destrozos. Copper estaba casi irreconocible. No obstante, Bart Wyman tenía buena memoria; entre otras cosas, porque a Merton no solía llegar demasiada gente, y los forasteros eran muy observados por la policía local.

Regresó junto a Oscar, quien le interrogaba con la mirada.

—Cierto... —susurró Bart, impresionado.

—¿Quién es?

—¿Recuerdas a aquellos tres periodistas que llegaron?

—Sí, los que alquilaron el «Buick». Hablaban de un monstruo en Keesus Lake, creo, o algo así; cosas de chiflados.

—Pues es uno de ellos.

—Ya... Y los otros, según *miss* Darrell, están muertos... Vamos, Bart. Usted *miss* Darrell, deberá acompañarnos. La ayudaremos.

Lorena, casi sin saber lo que hacía, se puso en pie, con la ayuda de aquellos dos hombres.

Su mirada fue hacia el lago.

No... No era cierto la existencia de un monstruo; era un bulo. Un bulo que había costado muy caro.

Sin embargo, en cierto modo, sí existía ahora aquel monstruo en Lake Keesus. Sí... pero muerto. Jane Armstrong el auténtico monstruo, estaba en el lago, pero muerta... Después de todo, sí se podría contar alguna historia

—... y Caddie no estaba muerta. No aún. Fue conducida al hospital, pero murió tres días más tarde; todos los esfuerzos fueron inútiles —sonaba la voz de Lorena—. Yo... yo permanecí a su lado constantemente, por más que los policías trataban de convencerme de que no debía culparme de nada. Es claro, ellos, con mis declaraciones y sus descubrimientos, fueron recomponiendo los hechos, y descubrieron la verdad... No pudieron arrancarme de la cabecera del lecho de Caddie hasta que ella murió. Pobrecilla.

Allí estaba míster Haddington, el calvo, orondo, y satisfecho editor de Lorena, que se frotaba las manos, de placer.

—Fantástico, Lorena... ¡Fantástico! Hija, esto te va a convertir en una figura del periodismo.

Lorena ni le miraba.

Lorena estaba en su pisito, en Rockford, mirando a través de la ventana los jardines de Grant Park.

Había sol, niños jugando, hojas muy verdes, flores de diversos colores...

Había vida, paz.

—Lorena, ¿no me escuchas? —inquirió míster Haddington.

Ella le miró; con cierta expresión vacía.

—Sí... sí, míster Haddington —musitó—. Y... bien, usted ya sabe el resto. Me entretuvieron allí varios días, puesto que yo era el único testigo que tenían de todo; firmé montones de papeles, mostré fotografías, atestigüé sobre aquellas garras postizas... En fin, algo que me atormentaba, me agotaba por momentos.

—Comprendo, comprendo...

—Hasta que sentí que me liberaba, en el momento en que me colocaron en el «bus» que me conduciría a Waukesha. Y de allí...

—Magnífico. Ha sido una aventura terrible, Lorena. ¡Terrible! Ahora... —el señor Haddington, con los ojos muy brillantes replicó—. Ahora, hija, las cuartillas... Rápido, esas cuartillas... Va a ser algo de sensación... ¿Imaginas? Por supuesto, primera plana con enormes titulares, con la garra... Y... y este título; «Sombras Chinescas». Luego, en páginas interiores, el relato... No perdamos tiempo. Las cuartillas.

—Ni una letra, míster Haddington.

—Bromeas... Bromeas, hija, ¿verdad? —dijo con un soplo de voz, míster Haddington.

—En absoluto. No he escrito ni una letra.

—Pero... ¡no es posible! —enrojeció, palideció, sudaba.

—Lo siento, pero así es.

El señor Haddington parecía no dar crédito a sus oídos.

—Lorena... pierdes la oportunidad de encumbrarte en el periodismo... ¿Te das cuenta? Las Armstrong, su historia, sus crímenes, los sucesos en Lake Keesus... No... No te das cuenta, pequeña...

—Perfecta cuenta. Puede despedirme, señor Haddington.

—¡No voy a hacer eso! Mira... como editor, te estrangularía, es la verdad... Y como hombre de negocios te haría papilla. Pero... como humano, hasta soy capaz de comprenderte, y esperar un poco... Lorena, por favor, que no sea un mes, ni cinco... No, no... Solo unos días... No esperes, que te van a pisar el gran artículo; cualquiera con un poco de fantasía y cara dura te lo pisa...

—¿No me despide, señor Haddington?

—Te he dicho que no...

—¿Me concede unas vacaciones para pensar?

—Está bien.

—Gracias.

—¿Y eso es todo? —refunfuñó místico Haddington.

—A menos que me niegue las vacaciones y me mande a la sección de «ecos de sociedad», es todo.

—No está mal pensado... No lo entiendes: cualquier cosa que escribas será leído con avidez por la masa...

—Pues tendrán que esperar.

—¿Es tu última palabra?

—Sí.

El señor Haddington se puso en pie.

—¿Se marcha? —inquirió Lorena.

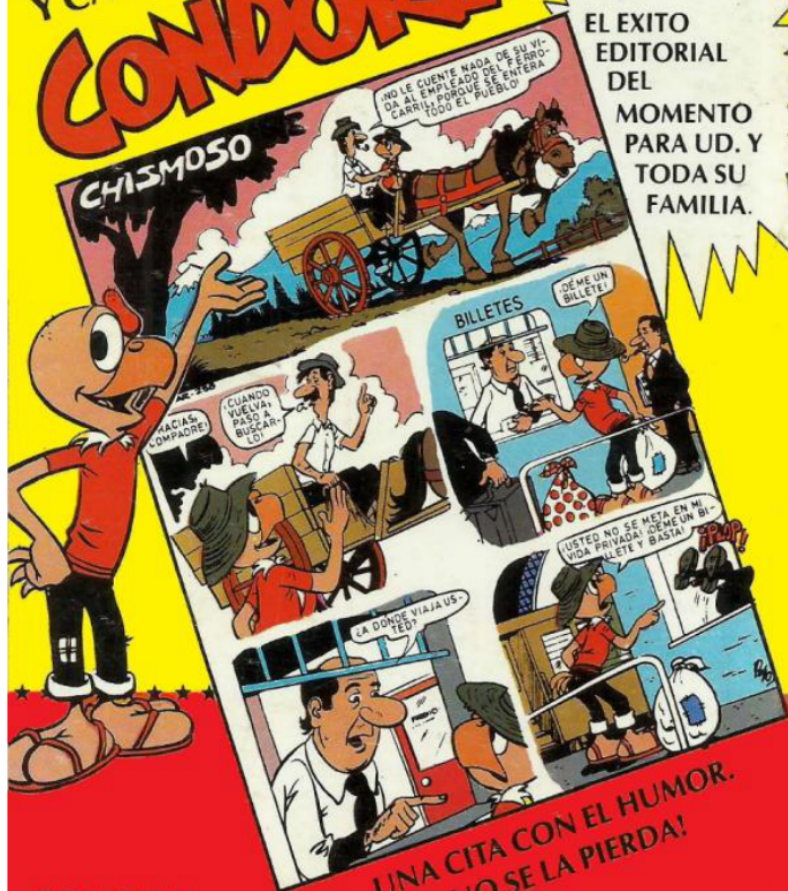
—No sin antes vaciarte la botella de *whisky*... Necesito un estimulante... Adiós a «sombras chinescas»... por ahora.

FIN

ENTRE RISAS,
SONRISAS
Y CARCAJADAS...

CONDORITO

EL EXITO
EDITORIAL
DEL
MOMENTO
PARA UD. Y
TODA SU
FAMILIA.



¡COMPRALA!
¡YA ESTA A LA VENTA!

UNA CITA CON EL HUMOR.
¡NO SE LA PIERDA!